

TRAZAS NEGRAS

Revista de Literatura Oscura y Policial

AÑO 2 - Número 7 - Enero-Febrero de 2021

CUENTOS:

«De la trompita o de la colita»

Toño Freire

«La plaza de los pacos»

Hache

«El honor de los pillos»

Alex Padrón

«Rutinas indelebles»

Julia Guzmán Watine

RESEÑAS:

Rakatán en el Burlesque

(Toño Freire)

Por Antonio Rojas Gómez

Matadero

(Alex Padrón)

Por Eduardo Contreras Villablanca

EXTRAS

«La pequeña entrevista policial» por Marcos Campbell

«El Teatro», crónica por Luis Gómez Jelves

«Perú Noir», artículo por Bartolomé Leal

CÓMIC:

MAX CANALLA

Guion Vancho

Dibujos Kampf



«De la trompita o de la colita»
Toño Freire«La plaza de los pacos»
Hache«El honor de los pillos»
Álex Padrón«Matadero»
Eduardo Contreras«Max Canalla»
Vancho / Kampf«Crónica»
Luis Gómez Jelves«Artículo»
Bartolomé Leal

03 / CUENTO

DE LA TROMPITA O DE LA COLITA

Toño Freire

07 / RESEÑA

RAKATAN PESQUISA CRIMEN

DEL BURQUELESQUE

Antonio Rojas Gómez

09 / CUENTO

LA PLAZA DE LOS PACOS

Hache

11 / CUENTO

EL HONOR DE LOS PILLOS

Álex Padrón

16 / RESEÑA

MATADERO

Eduardo Contreras V.

17 / CUENTO

ROUTINAS INDELEBLES

Julia Guzmán W.

20 / ENTREVISTA

LA PEQUEÑA ENTREVISTA POLICIAL

Marcos Campbell

21 / CÓMIC

MAX CANALLA

VANCHO / KAMPF

26 / CRÓNICA

EI TEATRO

Luis Gómez Jelves

28 / ARTÍCULO

PERÚ NOIR

Bartolomé Leal

32 / NARRATIVA NEGRA

PUBLICADA EN CHILE

2019-2020

EDITORIAL

El detective literario ideal

Aún cuando es *vox populi* que muchos autores del *noir* han abandonado la triada «asesino-víctima-detective» en su narrativa, la presencia de alguien que investiga el suceso criminal ha sido y es más difícil de descartar. Más no sea por darle un hilo conductor al relato. Es lo que Umberto Eco ha llamado «el paradigma semiótico», un esquema producto de la tozudez del *homo sapiens* por interpretar los signos no lingüísticos de que está poblado el transcurso de la vida hacia la muerte. Vigente en la evolución de la narrativa policial y negra, por cierto.

En esa línea, ¿cuál es el personaje central más adecuado? A lo largo de la historia del género se ha ido repitiendo un estereotipo (en el sentido etimológico de molde sólido) que más o menos conocemos: el comisario de homicidios (estilo Maigret), el detective de homicidios (a veces un goma del anterior), el detective privado ajeno a la policía oficial (de Sherlock Holmes a Marlowe y Heredia), el periodista de crónica roja (Rakatán), el abogado criminalista (Perry Mason), el médico forense (el Dr. Duca Lamberti de Scerbanenco o la heroína de Patricia Cornwell); y tal vez pare de contar.

Nada de eso quita que haya muchos otros figurones que se atreven a tirar las manos en tareas de detección, desde libreros y profesores de arte, a curas (o monjas) y contadores, garzones, diletantes aburridos, ancianas curiosas y taxistas puntudos... Hombres y mujeres, claro. Algunos y algunas lo hacen bien, no se puede negar y le han dado al género un repertorio de sabores. No obstante, me decía un colega escritor que ha hecho carrera en la PDI: uno a menudo encuentra errores, cuando no aberraciones, en el *modus operandi* de los sabuesos que crean algunos autores poco proliferos.

Como sea, aquí vamos con **Trazas Negras** número 7. Por angas o por mangas la gente lectora todavía nos fideliza en el «oficio» de hacer del crimen literatura. En este número vienen relatos de Hache, Luis Gómez Jelves, Toño Freire, Julia Guzmán Watine y el cubano Álex Padrón; reseñas por Antonio Rojas Gómez y Eduardo Contreras Villablanca; un artículo sobre el *noir* peruano y el infaltable cómic.

Bartolomé Leal
Director

Comité asesor de **Trazas Negras**: Juan Ignacio Colil, Eduardo Contreras Villablanca, Julia Guzmán Watine, Gonzalo Hernández y Helios Murialdo.

De la trompita o de la colita

Toño Freire

—Le traje lo mismo de anoche.

Sin esperar rechazo o aprobación, el mozo dejó el combinado sobre la mesa.

—¿Cuántos se va a tomar hoy?

Era pisco con *Ginger Ale* y habría sido lo mismo si lo traído fuera aguardiente con *Bilz* o ron *Cubanito* con *Coca Cola*. Tuve ganas de corregirlo:

—*Huevoncito*, lo mismo de anoche y antenoche.

Empero, mi cabeza estaba en otro lugar; mis ojos no se despegaban de la entrada del cabaret de enfrente. Era la tercera madrugada que me sentaba en el mismo sitio para sellar una etapa existencial bohemia. No lo escogí; sencillamente el Destino, como si hubiese comprado el mejor palco para apreciar ópera en el *Teatro Municipal*, me lo tenía reservado. Como sea, un privilegio, ya que el *Zum—Rheim* era uno de los negocios más famosos del barrio chino. En calle Bandera, entre San Pablo y General Mackenna, a medida que las estrellas debilitaban su ansia pecadora, una clientela bullente, afiebrada, alcoholizada, drogada colmaba sus sillas y disputaba espacios del largo mesón. Acodados, sedientos y alegres les agradaba brindar por sí mismos mirándose en su grandioso espejo, digno de película del oeste.

Con el primer trago hice una gárgara meditabunda. Unos borrachos que entraron abrazados desafinando *Re-loj, no marques las horas/ porque voy a enloquecer/* me sacaron una sonrisa e hicieron brincar veinte años atrás cuando era un adolescente. Entonces, en la cuadra, tenía fama de *agrandao* por cantar boleros de Prieto, Gatica. A Leo Marini, *la voz que acaricia*, lo despreciaba por ser argentino. Yo vivía en un pasaje de avenida Matta con Santa Rosa. En la vereda sur quedaba la Escuela N° 12 que era tan humilde que ninguna autoridad intentó bautizarla

con invocación patriótica. Ahí me matricularon. En el invierno sus salas se llovían; por las ventanas sin vidrios penetraba el frío. Su patiecito se caracterizaba por poseer un gallinero. Debido a que el alumnado, a cambio de huevos, llevaba maíz a las aves, le pusieron *La Cascareo*. Entre piales y cacareos comenzaron mis gorgoritos. Por insinuación del profesor practiqué folclore, siendo apuesta precoz en todas las veladas.

Género musical que, ya inscrito en el *Barros Borgoño*, reemplacé por el melódico. Pasar de la *Cascareo a la Universidad del Matadero* y tener que ir a cantar frecuentemente a las *guateras* del Liceo 6, me hizo corto circuito: no sólo por la peculiaridad de los apodos, sino por la negra fama del número cabalístico. El total de las letras de mis nombres, Manuel Espina, sumaba doce: múltiplo de 6. Saboreo el combinado y la cifra porfía haciéndome temblar. Como que me marcó desde la cuna ya que nací un 6 del sexto mes de 1936. ¿Acaso el número de la escuela que contaba con seis salas no era asimismo otro múltiplo y los estudios primarios y secundarios no suman igual? También recuerdo que a los seis años padecí tuberculosis. Tengo clarito que a los 16 debuté en el polo-leo con una chiquilla de la misma edad y me *descartuché* en el Parque Cousiño. Si hasta el tranvía que nos llevaba al estadio *Santa Laura* o la quinta *El Rosedal* terminaba en 6. ¿Simple coincidencia?

Una mina con pinta de bataclana jubilada que miraba desde el mesón se acerca:

—¡Tan solito! ¿Espera a alguien? ¿No quiere compañía?

Hago señas al garzón para que me la quite de encima y en la barra le ofrezca un copete. Encendiendo un cigarrillo *Premier*, las volutas de humo me retornan al edificio educacional de ladrillos rojos de calle San Diego. Me veo innumerables veces en el salón de actos clavando

las *Dos Cruces en el monte del olvido*, que el madrileño Angelillo taconeaba en el *Colmao Llodrá* de radio Minería. A pesar de que mi bolerista favorito era Mario Aguilera, sin que me lo pidieran arremetí con: *Tus ojos son tan pintureros/ que cuando los miro de cerca soy tu prisionero*. Como especulaban que el cantor de *María Dolores* era raro, fui centro de las tallas: decían que a mí también *se me doblaba la manito*. ¡Así es la vida! A lo mejor por mi facha de Alain Delon, no fue la única ocasión que me tildaron de *colita*. Lo digno de anotar es que siendo *flojazo*, gracias a mis actuaciones, logré finalizar el sexto de humanidades. En cada temporada el maestro de *Canto y Música*, por ser yo solista del Coro, hablaba con sus colegas para que me dejaran pasar.

Un domingo 20 de julio comenzó a cambiar mi suerte. Me invitaron a presenciar la tradicional *Posta Colombia* que se corría en la Plaza Bogotá como homenaje al aniversario patrio del país caribeño. Atletas famosos y novatos rodaban por el barrio. Con gran despliegue mediático, el Embajador cortaba la cinta y premiaba a ganador y escoltas. Lo que ignoraban el diplomático y los reporteros era que el vecino financista del evento deportivo se llamaba Mario Navarro Leiva, ya famoso delincuente. Vivía en calle Dávila Larraín; en sus inicios de *punga*, por su velocidad para escapar de los *ratis* ganó el apodo de *Cabro Carrera*. De ahí su debilidad por el certamen, que tenía una segunda premiación en el restorán *Gardel* frente a la plaza. Gran fiesta. Abundaba todo. Escuchando a Mario Armando López, anunciado como *otrora cantante de la orquesta de Natalio Tursi*, empecé a engolosinarme con el tango: el desenfado y morbosidad de sus letras me sedujeron. En medio de los festejos me pidieron que cantara e hice un par de boleros. Interpretándolos, me parecieron complacientes, rastreros. No pasó nada. Tibios aplausos. Lo único trascendente fue la invitación al baño que me hizo uno de sus organizadores.

—Manuelito, con este gramo *de la buena* pagamos tu gentileza. Te va a gustar.

Y, a pesar que *moquillé* y estornudé haciendo volar el polvo blanco ganándome gran chuchá, ¡claro que me gustó! Fue mi debut absorbiendo cocaína. Lo peor es que, en la misma proporción en que fui decodificando letras tangueras, continuó gustándome el estupefaciente. Al compás de la *coa* generosa en percantas, fiocas, cirujas, bacanes, broncas, grité ¡Adiós boleros!

—Como vi que estaba seco le traje otro trago. Lo hice más cargado, informó el mozo, agregando—: Su amiguita

que mandó al mesón quiere otra menta *frappé*. ¿Se lo pongo?

—¿De dónde sacó que era amiga mía? Por lo que pidió, a lo mejor es *patín*... Hace tanto frío... Dele otro y que sea el último.

El combinado, en realidad estaba *cabezón*. Me dieron deseos de preguntarle si quería curarme. Lo cierto es que yo deseaba alcanzar cierto nivel de intemperancia para concretar el siniestro plan que desde hacía cuatro días rondaba en mi cacumen. La vendetta evidentemente estaba encadenada a mi pasión por el ritmo bonaerense. La *pebeta* a la que brindé otro copetín, me hizo actualizar que uno de los primeros que canté en bares y quintas del sector capitalino fue *Maldito tango*. Lo tomé, ignorando que en 1916 lo creó el compatriota Osmán Pérez Freire. Vecindado junto al obelisco, planteó la sociedad prostitutas y drogas: *Como su música dominal con su cadencia que fascina/ fui entonces a la cocaína/ mi consuelo a buscarla*. El segundo que me aprendí fue *Los Dopados*, inscrito en 1922 por Raúl Doblás y que Cadícamo rebautizó *Los Mareados*. Percibiendo la entusiasta recepción del público por este tipo de composiciones, sumé *A media luz* donde Carlos Lenzi consagra los burdeles de calle Corrientes: *Hay de todo en la casita/almohadones y divanes/ como en botica, "coco"*. Con tal repertorio, acompañado de mi guitarra, *tirando la manga*, me fui haciendo regalón entre las mesas del *Merville*, *Los Compadres*, *La Estrella*, *Los Guatones*. Me apodaron *El cantor falopero*. Y no me molestaba ya que, entre bromas, motivaba a contertulios a convidarme un *toquecito*.

—Caballero, puedo llevarme esta silla... Vacilando con unas *striptiseras* en *La Antoñana* y *el Orleans* celebramos el cumpleaños del un compadre y vinimos a tomarnos el del estribo.

Eran las cuatro de la madrugada cuando recibí la solicitud de los enfiestados. Desaparecieron las divagaciones; bruscamente aterricé en el propósito de mi trasnochada. Haciendo abstracción del bullicio imperante, a través del vidrio miré hacia mi objetivo central: el *Zeppe-lin*. Se repetía una escena de película muda que yo conocía de memoria y de la cual también fui protagonista. Un asiduo a la *boîte* entablaba breve diálogo con el bigotudo portero que, en corpulencia, se parecía al gordo del dúo Laurel y Hardy. Impertérrito, cual juez de Corte, interrogaba: ¿De la trompita o de la colita? Palpando los bolsillos de su abrigo manchado, de uno de ellos sacaba un pape-lillo: más barato, peor calidad, el proveniente del culo. Ambos chocaban sus manos: en la del bedel quedaban

billetes, en la otra el alcaloide. También observé que en la contigua cocinería *Hércules*, como en tantas madrugadas, había fila para calentar el cuerpo con sus tradicionales porotos con rienda. Confieso que tuve ganas de atravesar a saborearlos pero, en mi testa, como tromba giraba la pregunta asociada a un chanchito. No me dejaba en paz. Igual que volantín subía y bajaba. Se me acabó el trago:

—Juanito, ¿dónde se me había metido? Repítame la dosis.

—¿Tan sediento está? Este es el tercero. ¿Le traigo algo p'al diente para que no se cure? ¡Y quién le dijo que me llamaba Juanito! Donde me ve, me llamo Andrés. No se olvide...Andrés.

Imposible olvidarlo. Fue un apelativo demasiado importante en mi vida. Correspondía al comediante que me llevó a la fama. Se llamaba Andrés Gallo. Me descubrió cuando cantaba en el bar *León de Oro*, ubicado pegadito al teatro *Imperial* en calle Victoria. Dirigía la Cía. de Revistas *Pigalle* que se caracterizaba por traer orquestas famosas desde Buenos Aires: Alfredo De Angelis, Miguel Caló, Aníbal Troilo. Me hinché cual pavo real al escuchar sus palabras:

—Entre tanto cantor argentino, agrada al público escuchar un milonguero criollo. Eso sí que tienes que usar otro nombre: te vamos a anunciar como Rafael Romero.

¡Ah! Entierra para siempre el apodo *El Tanguero Falopero* que te desprestigia ¡Y por favor. aléjate de la *marmaja!*

Arriba del escenario me fue macanudo. No obstante, ¡bruto que soy! en vez de seguir sus consejos y envanecido por aplausos, halagos, entrevistas de prensa, aumentó mi afición por la droga. De día trabajaba como vendedor. Con mis actuaciones juntaba buen dinero; me sobraba incluso para ir a comprar coca importada *Merck* a la *Farmacia Iglesias* de la Alameda. Ya estaba casado. Pero empezaron los problemas. Por *fallero* me cesantearon en la *Ferretería Gobantes*. Debido a mi cartel de pichicatero, en el teatro me sacaron de la próxima Revista. Reclamé, puesto que mi contrato duraba seis meses. No hubo caso. Desquiciado, lo atribuí al martirizador número 6 ya que mi pseudónimo artístico y los nombres de mi mujer, Isabel García, también calzaban con 12; teniendo ambos 26 años, la ronda del maldito guarismo culminó con nuestro divorcio. Además vino a la memoria que mi padre falleció a los 66.

Náufrago, derrotado, con la guitarrita volví a cantar en picadas. De nuevo se me abrió el cielo el día en que un *ex borgoñino*, pariente del dueño de *Los Tres Mosqueteros*, me apadrinó para que debutara en el salón de bailes tropicales. Con *Los Peniques* y *Ritmo y Juventud* quedaba gente afuera. Haciendo paréntesis, mis tangos venían de



perilla. Me lucía, mas seguía con el nevado vicio. Envanecido, tuve la idea de agregar otro tema pichicatero al repertorio. Sin embargo, está escrito que la fórmula tango-cocaína acarrea mala suerte. Indignado el patrón me despidió:

—Esa canción es *yeta*. *Tiempos Viejos* lo habrá escrito Canaro, pero cuando reza: *Eran otros hombres/ más hombres los nuestros/ no se conocía coca ni morfina/ los muchachos de antes no usaban gomina*, como un resorte los clientes corren al baño a *penquearse*—. ¡Cualquiera de estas noches me clausuran! Vete al frente, al *Club de la Medianoche* que se especializa en tangueros.

El *night club* de Alfredo Fanuele era la catedral del ritmo. Ahí habían actuado Roberto Rufino, Andrés Falgas, Ángel Capriolo. Mi sueño era pararme frente a su micrófono. Traté varias veces de hablar con el empresario. No me recibió. Para matar el hambre, recorrí cantinas de calle San Diego. *El Mundo del Padrino* Aravena y *Parrilladas La Brasileña*, frente al *Caupolicán* y el *Cariola*, fueron lo único rescatable. Aunque debo reconocer que, junto al calor de las brasas, conocí a mi nueva pareja, Jacqueline Díaz. Trabajaba como cajera: morena buena moza, lindo porte, soltera con una hijita. Rosita fue amor a primera vista. En menos de una semana me instaló en su departamentito de calle Alonso Ovalle. Envalentonado, decidí cruzar la Alameda para ir a triunfar al centro. Recorriendo *boîtes* por calle Bandera, subí hasta su octava cuadra y aterricé en el *Zeppelin*. La dueña, Blanca Arce, ex cantante, me entrevistó:

—A pesar de su mala fama, por el verismo que imprime al cancionero de mi patria, lo contrato. Le advierto, eso sí, que al primer lío por cocaína queda despedido.

Una batahola de Padre y Señor mío en el *Zum Rheim* quebró mi añoranza.

—¡No le *peguis* más! ¡Los dos están sangrando! ¡Capaz que saquen cuchillos! ¡Llamen a los pacos! —se confundían entre el griterío.

Un escuadrón de garzones acarreado a los machucados contrincantes pasó cerca de mi puesto. Acto seguido llamé a Juanito:

—Parece que el *pisqueli* se le fue a la cabeza. Ya va en el cuarto. Le repito: Andrés, Andrés... Los de la mocha eran deportistas: un *colocolino* con uno de la U. Como este Campeonato 1966 lo disputan sus clubes, la *gallá*, apenas se cura, se agarra a combos.

—Gracias, pero tengo que resolver un *puzzle* que me atormenta y me tiene al borde de la locura.

De un trago consumí medio vaso. Mi mente recibió latigazos de los últimos acontecimientos. Queriendo doblar la mano al azar, por sugerencia de Omar Soto, pianista que me acompañaba en el *Zeppelin*, me inscribí en el certamen *Buscando la Nueva Voz Tanguera del Club de la Medianoche*. Soñé con ganarle a Fanuele. Llegué a la finalísima. El jurado lo conformaban tres grandes chilenos del ritmo: Agustín Copelli, Tino Méndez, Nino Lardi. El premio era un contrato por seis meses. Para borrar mi nombradía *coquera* participé con un tema sentimental: *El último café* de Cátulo Castillo. Con mis tonos iniciales capté la admiración de los jueces. Sin embargo, al llegar a la parte postrera: *Y allí con tu impiedad/ me vi morir de piel/ medi tu vanidad/ y entonces comprendí mi soledad*... me fui a blanco. Lo que oyen: a un blanco como la cocaína amontonada en mis lóbulos cerebrales. Destruído, impotente, partí a contar el drama a Jacqueline. No me dejó hablar; la suya era tragedia: buscando remedio para su hijita de cinco años que padecía dolor de guatita, para aliviarla fue al baño a buscar bicarbonato. De un botiquín cogió un pomito con un polvo blanco; creyendo que era el remedio lo batió en agua y se lo dio. Instantáneamente la niña empezó a vomitar y sufrir convulsiones. Ella, desesperada, revisó el pomito y horrorizada reconoció la cocaína. De rodillas, supliqué perdón e intenté explicar mi descuido... Tiempo ha, en un bacanal de mafiosos armado por el *Cafufa* y el *Vitelio* fui invitado a cantar y me regalaron los *gramelis*. Borracho como cuba los recibí y pasaron al olvido... De nada valieron mis lágrimas. Desde hace una semana duermo en una hospedería y estoy cesante.

—¿Y por qué puñeteó la mesa? ¿No le dije que tanto combinado le haría daño? El quinto se lo voy a traer con un *Barros Jarpa*, aquí los preparan *re bien*, para que afirme la guatita.

Oír de nuevo guatita casi me provocó un síncope. Acepté la oferta; seguí enhebrando mis desgracias. Entre mascada y mascada se las atribuí a Soto y, por cierto, al portero bigotudo. Apenas llegué al local, entre saque y saque, intimamos con el músico que era *mañosazo* y a veces escondía el alcaloide: *Anda a comprarle al gordo. Nunca le falla*. Últimamente se puso más egoísta y yo acentué mi condición de drogadicto. Me hice cliente del ujier. Para competir en lo de Fanuele le compré dos *pelpas* de la trompita. ¡La mejor! Hace cuatro noches, enseguida de la eliminación, se lo conté a Omar. Digitando el teclado, escupió: *Pero eres huevón o te haces. Coquero viejo y*

no habías reparado que lo que él vende es pura mierda. Mejor dicho es puro yeso mezclado con éter. Si no me crees, toma esta llave, anda a su casillero y conocerás la verdad. Crispado abrí el compartimento; los ojos pícaros de dos chanchitos de yeso me miraron: uno tenía cabeza y culo muy raspado, el otro lucía intacta trompita y colita. ¡Pensar que para afinar la memoria en el concurso yo había comprado de esa porquería! Enfurecido, echando fuego, fui a enfrentar al bedel. Nos trenzamos a golpes, pisoteé su gorra, concurren mirones. Apareció doña Blanca. Fui despedido.

—¿En serio que quiere ir por el sexto trago? Lo veo malito.

—Sí...sí, pero no quiero saber nada con esos números mefistofélicos.

Sentía escalofríos y no era por la temperatura exterior. Lo único que deseaba en ese momento era pegarme un *toque* o varios. Aunque fuera *de la trompita o de la colita*. Total, es la fe y la imaginación con que se absorbe lo que hace que uno crea que la droga estimulará la psiquis o hará desaparecer la borrachera. ¿Realidad o simple fantasía? El brebaje llegó: urgente lo requería para tomar valor y concretar mi venganza. Desesperado, en un último intento empecé a revisar mis bolsillos buscando el polvo de estrellas: no quedaba ni una escama brillante de las noches de orgías. No obstante, al palpar el vestón sentí el peso del arma comprada para consumir el delito y volví al presente. A través del vidrio, vi al portero chupándose los bigotes con los tallarines de un plato de porotos y, a pesar de que yo recién terminaba mi *sánguche* de jamón con queso fundido, me sentí provocado:

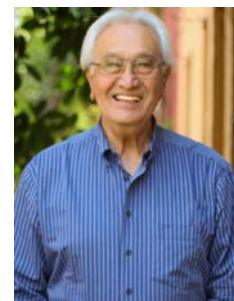
—Esto se acaba hoy, mascullé.

Los punteros del reloj pronto marcarían las seis. El frío trepanaba los huesos. Una densa neblina difumaba la madrugada. Abrigados peatones apuraban el tranco. Bohemios ebrios intentaban convencer a manoseadas prostitutas. Desde mi vereda, en el gris paisaje observé que el conserje seguía engullendo. *Un Ahora o Nunca terremotoó* mi sien. Desde mi bolsillo saqué el revolver *Smith Wesson* punto 6. En la Armería me dijeron que nunca fallaba y que la cifra, ¡otra vez el seis!, significaba que en su tambor giratorio contenía esas balas. Desde mi vereda apunté varias veces al bedel; mis nervios y la glacial humedad acalambaban mis dedos. Logré calmarme. En la mira del semiautomático inglés se puso el portero: disparé. Lo vi caer herido en un hombro. Me asusté. Intenté cruzar la calle: un tranvía 36 se me atravesó. Pre-sentí que el guarismo encerraba mensajes. Me acerqué al quejumbroso lesionado: en su inmundo abrigo nadaban sangre, porotos, tallarines. Frente a pintura tan grotesca mis ansias de matarlo desaparecieron. Dirigí mis pasos hacia el norte. La llovizna lavó mi rostro. Apoyado en la baranda del Mapocho empecé a tararear *Aprendí que en esta vida hay que llorar si otros lloran/ y si la murga se ríe uno se debe reír/ Y además corres el riesgo de que te bauticen gil/* El verso de *Las Cuarenta* y las aguas pardas del río me hicieron filosofar: tiré el revólver al río, miré hacia la cumbre del San Cristóbal y prometí a la virgen María que nunca más cantaré tangos.

TN

Toño Freire

Fue en las salas de redacción periodísticas donde Toño Freire descubrió al colega que se transformaría en el sabueso de sus casos policiales: *Rakatan*. Un reportero policial que cuando solucionó crímenes, robos, tráficos, obedeció al nombre de Osvaldo Muñoz Romero y al seudónimo *Osmur*. En los libros de la serie *Rakatan* corre, tropieza, se desliza, resolviendo casos ocurridos entre 1953 y 1973. Época romántica, lujuriosa y mafiosa. Con la llegada de la tétrica oscuridad de la dictadura, Muñoz Romero debió trasladarse a los turbios pasillos de la política. Aparte de estos entusiastas afanes literarios, en su larga trayectoria creativa, Toño Freire ha sido director de televisión, cine, documentalista, publicista, académico universitario dentro y fuera del país. Su más reciente iniciativa es el radioteatro *La Carlina Heroína Nacional*, donde por primera vez las aventuras de la regenta más famosa de la bohemia chilena llegan al dial en versión de comedia musical, en radio Universidad de Chile, 102.5 FM.



@ToñoFreire (Twitter)

Rakatán pesquisa crimen del Burlesque y otros relatos

(Toño Freire, cuentos)



Por Antonio Rojas Gómez

Los ocho cuentos de este libro, diversos entre sí, tienen como denominador común la prosa amable en su sencillez y clara en su contenido, que la emparenta de cerca con la oralidad. Leer a Freire es como escuchar a un amigo que cuenta sus aventuras, y las de sus conocidos, al calor de una chimenea, en invierno, o paladeando una refrescante cerveza, en verano. Sin alardes, el autor nos va enterando de la anécdota, sobre la que jamás pontifica, y permite que sea el lector quien descubra el trasfondo de humanidad que trasciende el relato. El largo oficio periodístico de Toño Freire está detrás de esta rápida manera de narrar, pero también su interesante respaldo cultural, sus muchas lecturas, su experiencia vital y una sensibilidad poco común que descubre en sucesos cotidianos chispas de sabiduría capaces de encender el interés de anónimos terceros.

Un tema presente en estas páginas es el transcurso del tiempo. Y no es que alguno de los cuentos lo aborde en específico. Es que surge del fluir narrativo como algo adjetivo que, sin embargo, adquiere una presencia subyugante para los mayores, que conocieron paisajes hoy deshechos por el progreso ciudadano, y sorprende a los más jóvenes, que se dirán ¡hombre, de manera que así fue antes! Hay libros enteros que se han escrito con el único objetivo de recordar el pasado. Lo hizo Oreste Plath en “El Santiago que se fue”; también Sady Zañartu, Premio Nacional de Literatura 1974, autor de “Santiago, calles viejas”. Toño Freire no está en ese rumbo, pero al hablar, por ejemplo, del Burlesque y de Rakatán, resulta insoslayable lanzar una mirada al ayer.

El Burlesque fue un teatro de revistas sito en el sector sur de la capital a mediados del siglo pasado. Rakatán, el seudónimo del periodista Osvaldo Muñoz Romero, personaje singular de aquella misma época, a quien Toño

Freire ha convertido en protagonista de muchas historias policiales, en las que mezcla realidad y ficción. En torno a ellos gira el primer cuento, un enigma criminal.

Pero luego vienen otros temas. Y nos topamos con más seres reales que catalizan recuerdos e imaginación. El escritor Poli Délano y el humorista Ronco Retes comparten las páginas del segundo relato, escenificado en el Hemingway, un bar sito en la Plaza Pedro de Valdivia. La literatura y el humor se dan la mano en esta historia en que por un lado encontramos la exaltación de la figura de un intelectual, mientras por el otro asistimos al derrumbe de un ídolo popular. Pero, lo reitero, el autor no dice una palabra al respecto; cada lector sabrá de qué manera recibe la sustancia de este cuento en apariencia amable y chispeante.

Después encontramos una mirada muy personal del choque generacional, cuando el autor recibe la visita de un estudiante de periodismo que anda tras los pasos de su abuelo, que en los albores de la Escuela de Periodismo de la Universidad de Chile, compartió cursos con el narrador. Y aquí está otra vez el paso del tiempo, muy presente e impactante, pero también planteado de manera subliminal. Material para pensar y para sentir. Y esa es tarea de cada lector.

Y hay más. El Festival de la Canción de Viña del Mar, en sus principios, el fútbol y el básquetbol, deporte que el autor practicó en su juventud, un cuento estupendo sobre los microcuentos, tan de moda en el panorama literario actual. Y un pequeño alarde de ingenio que vale por un libro entero: el diálogo entre la mano temblorosa de Jorge Alessandri y el dedo acusador de Ricardo Lagos.

En este libro resulta evidente que Toño Freire se supera a sí mismo y consigue elevar su estatura literaria a un nivel superior. Quedamos a la espera de sus nuevos trabajos.

Miraban ocultos entre la frondosidad de la vegetación, llevaban horas vigilando cada uno de los movimientos que la pareja realizaba. Ellos, furibundos enamorados se enroscaban entre la hierba de aquella soleada plaza recibiendo el calor y la frescura del césped que los abrazaba recibéndolos en una frazada verde y viva, «aquí nos dimos el primer calugazo», recordaba él mientras se miraban a los ojos con las ansias de acabar esa jornada de tiernos recuerdos en un revoltijo de pasión y caricias reprimidas por todo el tiempo que no habían pasado a solas.

La tranquilidad de la plaza les hizo olvidar que el resto de la ciudad estaba en llamas y con ella la vida de todes parecía haber caído en suspenso infinito, no había claridad del porvenir y la respuesta del gobierno había sido fortalecer el control del país a partir de la militarización de las calles y el recrudescimiento de los castigos a quienes no respetaban el toque de queda, fusiles contra sartenes y tanques contra piedras, parecía que la historia atacaba con violencia sin dar cuartel a quienes heroicamente enfrentaban de cualquier manera la embestida de los perros y sus amos, formados como siempre tras el pelotón que apunta a la masa sin nombre pero más representativa que cualquiera de las balas y perdigones que disparaban en nombre de la ley y el orden a cualquiera que les ofendiera con su desobediencia. Como siempre, la represión caía pesada sobre las personas que la pobreza obligaba a transformar la informalidad en una manera de sobrevivir, mientras que la mano negra de la mafia y el dinero seguía moviéndose impune en la calle y los antiguos salones de la justicia y la ley.

¿Hasta dónde se puede cagarle la vida a alguien?

Se preguntaba mientras compartía una lata con sus compañeros de banda. El pensamiento se fue con un sorbo agrio y lánguido de cerveza tibia, la habían com-

prado hace rato, solo era para despistar, sabían que no podían beber para no cometer errores.

El día avanzaba lentamente. Calculando el momento, dejaron un sapo vigilando la esquina y fueron a cambiarse la ropa, el lugar era una plazoleta con máquinas deportivas, entre los arbustos aparecían los bolsos que contenían lo necesario para el macabro plan. Estaban preparados, el recorrido, la pareja, los uniformes, los fierros, absolutamente todo, en sus mentes se apoderaba una sensación de seguridad y convencimiento de que todo lo planeado funcionaría sin contratiempos ni torpezas.

La palabra carnet nunca había sonado tan dura.

—¡Carnet!

Los jóvenes se inquietaron. Con las manos sudorosas y ese temblor interno propio de lo tenso del momento, buscaban la billetera dentro del banano que parecía inmenso en ese instante, no lograban articular los dedos para extraerla ni menos para encontrar el documento que la autoridad exigía. De pronto sonó como un ladrido:

—¡Qué es esto! —y la injusticia se hizo presente. Un pito en la mano del paco era el primer movimiento para comenzar el procedimiento.

—3-4 B operativo exitoso.

No entendían nada, hace un rato estaban relajados disfrutando del medio día al sol y ahora estaban con la poli encima.

—¿Son pareja?

—Si señor, estamos casados.

—¿Argollas?

—Sáquelas. Acá.

—¿Billeteras? Acá.

—Es la evidencia.

Nada sirvió reclamar ante la autoridad, la impotencia ante la injusticia se liberó desbocada y furiosa, no soportó y él se lanzó sobre uno de los policías golpeándolo en la

cara, a mano abierta y con toda la fuerza que brota del desprecio al abuso y la ley. Después de los primeros días de protesta, los casos de jóvenes mutilados y torturados habían impactado a la población por la brutalidad con la actuaron, se sumaban otras situaciones de personas encontradas en incendios provocados por supuestos vándalos y saqueadores que los noticiarios mostraban una y otra vez, escondiendo las imágenes y grabaciones ciudadanas que responsabilizaban directamente a uniformados en varios de los disturbios que se generaron desde el día uno de la revuelta, la policía había perdido el respeto de la gente sin uniforme, los cadáveres les pesaban más que sus medallas.

Los falsos policías huyeron, eran inexpertos, los trajes habían sido robados de la casa de un paco, «al puro peo», no importaba, solo corrían con el botín de un atraco pequeño, pero parafernático.

—Nos salvamos, eran más falsos que los anillos, ¿vamos? Estamos atrasados, deberíamos estar en camino con los materiales, tu sabí po, el jefe se enoja.

Caminaron tranquilos por la plaza soleada, se dirigieron a la esquina donde aparecería, con una precisión cronológica, el auto que habían pedido por internet, a veces era más seguro improvisar el transporte que fiarse de una planificación que podía cambiar repentinamente.

Cuando llegaron, el Uber los dejó afuera de la población, «no entro», pasaron piola entre las casas apegadas unas con otras en los estrechos pasajes de la población, eran caras conocidas entre los vecinos que los miraban con recelo mientras regalaban helados de agua a les niños que, a esa hora, ya habían abierto el grifo para soportar el intenso calor que aún persistía esa tarde.

El jefe al verlos pidió que pusieran toda la mercadería sobre la mesa, rajó uno de los paquetes, los pilotos tuvieron que probar. No tardó en dar la orden:

—Tírenlos.

Y comenzaron a sonar los fuegos artificiales como bombazos en medio de un pueblo abandonado a la suerte de nada, solo los más pequeños se alegraban y festejaban el espectáculo que generaban los sonidos y destellos de aquellas explosiones en el cielo, abrazándose eufóricos y simulando los respectivos buenos deseos de año nuevo.

—Viste mi amor, esta plaza siempre va a ser importante pa' mi, acá nos dimos los primeros besos y le pegué a un paco —rieron a carcajadas cuando de vuelta pasaban por el lugar, mientras caminaban de la mano disfrutando de la noche sin olvidar que en una hora saldrán más uniformes a la calle a cuidarnos de nosotros mismos.

TN



Hache

Escritor independiente, penquista y sin mayores pretensiones que fotografiar con palabras lo suave, denso, bello y macabro de lo cotidiano.



Diciembre es un mes difícil, oficial. El resto del año uno va machacando en baja, con una tierrita pa tomarse una botella o salir a vacilar alguna diabla, pero hay que garantizar una Feliz Navidad y un Próspero Año Nuevo. Si terminas mal empiezas mal, y ya bastante trabajo se pasa en enero con la billetera vacía.

La clave de este negocio es no ser ambicioso: con un buen paletazo cada seis meses y mientras ir inventando un dinerito aquí y allá como se pueda, es suficiente para ir cómodo. Usted sabe, hay que tener en cuenta que ya uno no es ningún muchacho para andar de salao por la vida. Además, ya yo tengo puesto el foco arriba, por los añitos que he halado de cárcel. Cosas de muchachos: a mí nunca me ha gustado andar arrancao, y eso de asaltar turistas se me daba bien. Pero la cabrona especulación fue la que me echó palante, porque en vez de venderlo todo me quedaba con las ropas que me servían. Nada, que caí mansito como una paloma por un par de Raybans que no tenía que haberme puesto.

Ya lo otro fue cuestión de honor: yo sí que soy hombre a todo y de mí nadie se burla. Por eso fue que le piqué la cara a la puta esa, cuando la agarré pegándome los tarros. Al consorte no lo pude trabar, porque se perdió del barrio y ustedes me trancaron enseguida. Cuando salí lo he estado velando, pero según me dijeron se fue pal yuma. Suerte que tuvo el muy cabrón. Como su cara no se me despinta, me quedaba la ilusión de que le diera el loco de venir a especular con sus cadenones alquilados y poderlo tasajear en alguna esquina. Pero parece que ya no va a poder ser. Ná, que me embarqué. No se preocupe, que conmigo no van a tener problemas: estoy claro que de aquí no paro hasta el Combinado del Este y que me va a tocar una beca larga por reincidente.

¿Cómplices? Sí, seguro, anote ahí: Alberto Cabrera Marrero, alias el Beto. A ese cabrón lo conocí en mi

último tiempito en la cárcel. Hicimos buena yunta en ese tiempo, ese blanquito y yo. Entre pillos ya no se destila tanto el asunto del color de la piel, y más cuando los dos éramos gente que no quería volver a la beca. Además, ese chamaco es más malo que un camión de negros juntos, y tenía buena cabeza pal daño. Él salió primero: a mí me quedaban seis meses, pero reconozco que después no se olvidó de mí y no me faltaron las cajas de cigarros. Pero yo siempre se lo dije claro: si voy a caer, conmigo se va malanga. Como estoy aquí por su culpa, pues que se joda también como yo. El que me embarque a mí se embarca conmigo.

Por supuesto que en cuanto salí fui a verlo. Él ya estaba trabajando de inspector del gas licuado y fue quien me puso la piedra pa entrar en la empresa. Esa pinchita es suave: hay que caminar un poco pero tiene la ventaja de que estás en la calle, arriba de la caliente, y después del tanque eso se agradece. Además, que como nos rotan cada cierto tiempo de barrio no te aburres de las mismas caras. Si te planificas bien matas el trabajo por la mañana y ya te queda toda la tarde para inventar tus cosas. El salario es malo, pero siempre te cae algo pal diario con las propinas. Bueno, a veces no eran propinas, sino que siempre los inspectores decimos que no tenemos cambio. Si la cuenta son tres diez y te pagan con un billete de cinco pesos, son uno noventa. Contando que la semana de cobrar se pasa por unas setecientas o mil casas por área, algo cae siempre.

Pero capitán, de verdad que al final del día la cabra tira al monte y no todas las semanas son de cobrar. Uno tiene sus necesidades, y un hombre solo como yo necesita plata en los bolsillos para poder pagarse una puta de cuando en vez y meterse unos alcoholes. Estando en la calle algo siempre se raspa, pero es un riesgo del carajo. Como tenía que ir de casa en casa y no levantaba sospechas, hablé con los bárbaros de mi barrio y probé a mover algunas cositas

por un menudo ahí: carne de res, un poco de yerba... no era mal negocio, pero habían pocos puntos y los encargos eran muy de cuando en vez. ¿Qué necesita los nombres de mis contactos? No hay cráneo, se los digo después. Tengo que hacer un poco de memoria y ahora la cabeza me duele con cojones.

No se preocupe, estoy bien. Duele, pero es normal: esas cosas pasan pero después se curan. Beto fue el de la idea. Mire, los inspectores del gas somos casi todos gente que ha tenido algún tropiezo con la justicia. No todo el mundo le da pincha a un ex-presidiario... y no puedo decir que no les falta razón. Nosotros mismos estuvimos tranquilitos en el trabajo casi un año, hasta que ya el ahogo nos ganó.

Lo primero que te advierten es que ni nos pase por la cabeza llevarnos nada de las casa, porque aunque no fumigamos ni inspeccionamos como la gente de los mosquitos, si nos tienen que dar acceso para leer el metro contador. Si se pierde algo cuando uno hace la inspección del metro, vas enseguida pa la estación de policía de cabeza y fuiste tú, porque has estado preso. ¿Qué porqué los inspectores tienen ventaja? Cuando se puso el gas en la Habana, la mayoría de los relojes se pusieron dentro de las casas, porque empezaron a robárselos si se ponían afuera. Casi siempre los ponían en los patios o en los balcones, fuera de las casas por si había una fuga el gas no se acumule. Así que nosotros entramos a los patios, y normal que eso quiere decir que pasemos antes por la sala y la cocina, mínimo.

Los inspectores de la electricidad no pueden hacer eso, porque los relojes de la corriente casi siempre están fuera. Pero el gas va pa los fogones. Además, andamos solos y no

por parejas y no vamos uniformados como los de la campaña contra el mosquito. Llamamos menos la atención, pero entramos a los gaos. Y ni se imagina como duele andar sin donde caerse muerto y ver a los mongos esos del Vedado y Playa con las cosas ahí, tiradas al descuido, al alcance de la mano. No vamos una vez, oficial, sino por lo menos dos veces por mes: cuando se va a leer y luego cuando se va a cobrar. La mayoría sin darte aunque sea un buchito de café, ni agua te dan: lo que hacen es mirarte de arriba abajo, como si fueran mejores que uno. Fue hablando de todo esto, botella por medio, que a Beto se le ocurrió la idea de marcarnos los puntos.

Eso, capitán, «seleccionar las casas de las víctimas para robarles», como usted dice. Imagínese: él trabajaba en el Vedado en la zona entre Línea y Malecón, y yo en Miramar. Los dos éramos habituales ya y la cara de nosotros no se les despintaba a los clientes, pero a mí nadie me conocía en la parte sabrosa del Plaza de la Revolución, ni a él en Miramar. En seis meses visitábamos cada uno la víctima del otro lo menos doce veces, y con el cuento que teníamos que actualizar los contratos de la empresa del gas, nos tenían que decir cuántos vivían en la casa. Eso basta para conocer los hábitos de la gente, y sobre todo para saber si tenían perro o no. Si hay perro, aunque sea chiquitico, la cosa no funciona: los bichos esos arman mucho escándalo y las movidas siempre tienen que ser con la gente dormida adentro.

¿Por qué? Mire, oficial, es más fácil colarse en una casa de noche con los dueños que por el día. Además, la cosa no es meterse: es salir cargado sin que todo el barrio te caiga atrás. En las casas que marcábamos había aire acondicionado y se trancaban en los cuartos pa dormir,



así que era bastante fácil limpiar el resto de la casa, mientras no te les metieras en las habitaciones. Claro que siempre existe la posibilidad que se despierten con algún ruido, o que toque la mala suerte que alguien se levante de noche a mear o tomar agua. Por eso, precisamente, era que el Beto y yo funcionábamos tan bien como compinches. ¡Me cago en el corazón de su madre, el muy singao!

No se preocupe, no duele tanto. Él siempre había caído preso por robo con fuerza, así que a entrarle a una casa ese blanco le sabía un mazo. Lo que hay que buscar en esos casos no es la puerta, sino precisamente por donde entra el gas. La mayoría de los patios no tienen reja, o solo le ponen cerca peerle y con un alicate eso se resuelve. Buscábamos también persianas de Miami, que son fáciles de cortar con una segueta, no importa si son de aluminio o de madera. La gente rica se concentra en ponerles rejas a las puertas, pero si se descuidan, aquí entrábamos nosotros.

¿Qué yo aportaba al negocio? La intimidación, oficial. Entre el robo a los extranjeros y el tanque, soy experto en sacarle un cuchillo a la gente sin tener que usarlo. Yo le enseñé como es que hay que manejar la situación para que no te griten, se estén tranquilos y hasta puedas irte con las cosas sin que se arme demasiado revuelo. Al fin y al cabo, los que viven en Miramar o el Vedado no son muy diferentes de los yumas: tienen mucho miedo y no les importa demasiado perder un equipo o dos, mientras no los corten. Claro está, que eso también iba incluido en el marque de los puntos: los mejores eran las mujeres que vivían solas, los viejitos o las parejitas jóvenes. Si en la casa ya había un tipo, la cosa se puede poner fula.

Por supuesto, oficial, por supuesto. Este tipo de asuntos puede salir mal de muchas formas, así que hay que jugársela al pegao. Si te metes en una casa a robar con la gente dentro y te sorprenden, tratas de manejar la bolá... pero si hay que trabajar, se trabaja. En los cinco años que llevamos en esta fiesta yo tuve que cortar a tres y el Beto a uno, pero para los diez golpes que hemos hecho en total, no es mala cuenta. Eso sí, se tira a joder pero no a matar. Siempre, a la semana o algo así, el otro iba en su papel normal de inspector y se aseguraba que el punto no se hubiese muerto ni nada. Por supuesto que le diré todas las casas donde robamos: no soy mongo y sé que ya me trabaron, así que lo mejor que puedo hacer es colaborar. Yo tengo mi memoria clarita, clarita en todas esas cosas, así que no hay ningún problema. Si hay que hacer una reconstrucción de esas de mis hechos, cuente conmigo. Del Beto no respondo, pero por supuesto que

les voy a decir todo lo que él llegó a contarme. Que se joda el muy maricón, que por su culpa es que estoy aquí.

Ya sé que entrar solo a robar en una casa es un tremendo riesgo y que con otra pata hubiese sido más fácil llevarse más cosas, pero ya no estamos en los tiempos de arrebatar cadenas y relojes. No señor: nosotros buscábamos para marcar los puntos que tuvieran tarecos que se vendieran fácil y den una buena guanza. Esas cosas ahora no están guardadas en los cuartos, sino a la cara en las salas. Si cuando visitábamos una casa como inspectores y pasábamos para el patio veíamos tirados por ahí celulares, laptops, computadoras, tabletas, DVD, cajitas decodificadores y esas cosas, ya estábamos claros que ese iba a ser un golpe bueno. ¿Los mejores? Los PlayStation y las Xbox, capitán. Eso sí que es un pancito: por lo menos te dan cuatro patas por ellos, más treinta mínimos por cada disco original. Todo lo que tienes que hacer es tener cuidado y llevarte todos los cables conectados al televisor y los mandos, porque si no el precio baja. Los TV también son una buena presa, pero el lío es que como son cada vez más grandes no se pueden echar en la mochila fácil.

La cosa radica en no volverse ambicioso: toda esa mierda electrónica vale un baro, y el punto que nos la compraba nos daba un buen melón que alcanzaba para tirar sabroso hasta el próximo golpe. Hasta nos sobraba un menudo para ir ahorrando, así que algunas cositas no las vendíamos, pero nada más que las que son para tener dentro de la casa. Los celulares eran un peligro, pero mientras le saques la batería y la tarjeta sim lo más rápido que se pueda, se pagan bien. Pero ya usarlos es otra cosa, capitán. Eso es echarse palante, como me paso con las gafas de mierda esas por las que caí la primera vez. Hay que ser bicho y cuidarse.

¿El punto de la electrónica? Sin problemas, ese singao también se va pal tanque. Por cada golpe nos daba entre quinientos y mil cañas... *cuc*, claro está. Pero yo estoy seguro que él sacaba por lo menos el doble de eso. Como era robado había que salir rápido del material, pero bien que nos clavaba el muy hijo de puta. A lo mejor cuando lo traben pueden recuperar parte de lo que facho este mes Beto, y hasta les sirve para agarrar a otra gente que hace cosas parecidas a nosotros, porque el electrónico seguro le comparaba a más ladrones. Mi socio y yo sí nos portábamos como caballeros: juntábamos el botín y lo repartíamos a partes iguales. Así, si a uno no le iba tan bien, el otro lo salvaba para que no hubiese inquina ni presidio. También era un extra para marcar e investigar bien la casa donde íbamos a robar, porque si le dábamos al otro una

mierda salía uno perjudicado también. Coño, si lo piensas nos iba bárbaro, hasta que el mongo de Beto me echó arriba de la caliente y me desgració con la pincha esa del Vedado.

Parecía un jamoncito, capitán. Una parejita joven de unos veinticinco cada uno y sin hijos, y super bitonguitos. Se habían mudado en el verano, así que todavía no le habían puesto mucha seguridad a la casa: había reja en la entrada del balcón, pero justo después lo que tenían era una cerquita nada más. «No se puede entrar por el patio, Chaveta» —me dijo el muy maricón de Beto, mientras me anotaba la dirección—«Pero ni falta que hace: la cerradura de la puerta de afuera es de gatillo, así que con un carnet plástico se va». Tengo que decirlo, oficial, que hasta a mí me pareció un negocio redondo. Mire, los inspectores del gas licuado tenemos una ventaja adicional, que es que mientras sea de día todavía, podemos aparecernos casi a cualquier hora y en cualquier momento de la semana en una casa. Cuando Beto y yo marcábamos una víctima, anotábamos la hora y el día que íbamos y lo que veíamos. Resulta que en seis meses nunca conoció al tipo: cuando no estaba durmiendo, no estaba en la casa... así que sacamos la conclusión que debía ser custodio o algo así y pinchaba de noche. La que casi siempre estaba en la casa era la chamaca, que por lo que el Beto me pintó estaba super buena. Él trató de echarle bala una pila de veces, pero aunque la rubia no le dio bola, tampoco lo trató feo. Aunque lo mío nunca ha sido la violación, de verdad que los cuentos del consorte describiéndolo se la paraban a cualquiera. Sí, llevamos todo eso anotado en una libreta, de todos los robos que hemos hecho: cuando registren mi cuarto, busquen debajo del colchón, que ahí está. También hay anotaciones que hizo Beto, así que también tienen prueba de su letra y que estaba en esto conmigo.

Pero las cosas, oficial. ¡Las cosas que me contó que tenía ese gao! De todo como en botica, suficiente pa farrarnos y pasar el fin de año vacilando en grande. Como le decía, Diciembre siempre es un mes complicado y hay que garantizarlo. Todo a la cara, tranquilito en la sala de la casa. Vaya, que con llenar la mochila con las laptops y las dos consolas de juego, ya estábamos hechos. Fue por eso que ayer por la noche me decidí y fui pa arriba del lío, porque la verdad es que ya tenía la billetera sogá. ¿Qué llevé? Pues, lo de siempre: mi mochila grandota, y dentro unos alicates, un carnet de los viejos pa forzar la cerradura como Beto me enseñó, unos guantes de los de piel que me vendió mi primo y mi cuchillón mata vacas, grande pa impresionar. Iba vestido de negro, así que se imagina que

en la oscuridad si cierro los ojos y no me rio ni me veo. ¡Ah, y mi linterna azul! Eso es una linterna con el cristal pintado de azul para iluminarme sin resaltar tanto. ¿Por qué azul? Bueno, era la tempera que tenía a mano. Además, en alguna parte oí que ese color relaja, así que es menos probable que alguien dormido se despierte. Supongo que si la pintaba de rojo es lo mismo, pero también sirve para encandilar y poder amenazar mejor con el cuchillo.

Nada, que subí al apartamento que el Beto me dijo a eso de las tres de la mañana. Como entró el frente frío, el mono estaba chiflando y no había un alma en la calle. «Buen tiempo pal facho», me dije. Todo era como mi colega me contó: me trepé al balcón, corté la cerca peerle con el alicate y metí el carnet donde se supone que estaba el gatillo de la cerradura. Forcejeé un poco con la puerta, y al final la abrí. Hasta ahí, todo bien. Cuando iluminé con la linterna la sala, ¡era el premio gordo, capitán! Se oía el runrún del aire acondicionado, que era de esos de los rusos que meten tremenda bulla, así que la chiquita, o el tipo si también estaba allí, ni se habían enterado del ruido. Nada, que me puse a desconectar todo y a meter cosas la mochila... si hubiera llevado otra, pues la hubiera llenado también. Estos chiquitos estaban podríos en plata: dos consolas tenían los muy cabrones, una PlayStation de las nuevecitas y un Wii de esos, que nunca me había topado antes. El electrónico me la había pedido hace rato pa su chama, así que ese sí que la iba a pagar como va, pero siempre me había dicho que tenía que recoger dos tarecos que parecen controles remotos, porque sin los mandos no me lo compraba.

El asunto problema es que Beto es mongo y me tiró pa la jaula de los leones, capitán, pero a mí la ambición me comió por una pata también. La linterna azul no alumbraba mucho, vi un bulto de cosas rectangulares que parecían mandos y los agarré todos para seleccionar después... con la mala suerte que parece que, sin querer, encendí el equipo de música. A mí nunca me ha gustado la mierda esa que oyen los pelús, pero esa basura estaba puesta a tope y no había forma de callarlo, así que tuve que tumbarla pal piso.

Luego, se encendió la luz.

La chiquita estaba parada en la puerta del cuarto con la mano en el interruptor, y vaya si estaba buena la rubia. Perdone, capitán, no fue mi intención, pero esa hembra en blúmer y topecito de los de hacer ejercicios no era una cosita que se viera todos los días, y menos yo. Ella me miraba con cara de sorpresa, pero no dijo ni cojones, así

que saqué el cuchillo y le grité que se callara la boca, mientras le iba pa arriba a agarrarla por el cuello. Aprovechar la sorpresa, vaya. Yo le juro que lo mío nunca ha sido la violación, pero por mi madre que mientras más me le acercaba más se me estaba parando... sí, me pasó por la mente, pa que lo voy a negar. Debía haber recogido la mochila y haberme ido al carajo. O soloirme sin ná, si ya la había cagado. Pero entre lo poquita cosa que lucía, el baro que le iba a sacar a las consolas y el calor del momento, le partí encima.

No vi la tonfa que llevaba en la otra mano hasta el último momento.

No se ría, oficial, coño, que la culpa la tiene Beto. Cuando me desperté de nuevo, no había hueso que no me doliera. Por lo menos tenía un brazo y la cabeza partida, y no me sentía un pie por debajo del tobillo. De alguna forma esa muchacha me había arrastrado de vuelta al balcón y me había esposado a la reja de la puerta. Medio zonzos todavía, miré para la sala y vi cómo, todavía en blúmer y sin zapatos, la rubia se ponía por encima una camisa azul de policía. Pero no era del marido ni nada de eso, era suya. ¡Tronco de comemierda que eres, Beto! ¡Coño, si estaba clarito que la parejita eran de la moná! En medio de la sala había una foto grandísima de la rubia y el marido, vestidos de fiana y con boinas negras, enseñando dos diplomas. Hay que ser imbécil para no fijarse en eso en seis meses.

Ella se reía, mientras hablaba por el celular y le decía a un tal Raúl —que debía ser el marido, porque lo trataba de corazón y papi— que mandara una patrulla y una

ambulancia a la casa, que tenía detenido a un ladrón. Luego me miró con cara de guasa, y me dijo «vacíame bien las piernas, que donde vas no hay nada parecido».

Carijo, capitán, no se ría. Hasta yo me descojonaría, si no fuese por lo mucho que me duele y porque fue a mí. Tengo que dar gracias que la muchacha no se puso nerviosa y no haló por la pistola, porque ahora tendría más huecos que un colador. La entré a palos de todos colores que me dio la tengo merecida: no por meterme a robar, sino por confiarme y caer mansito... y hacerle caso al anormal de Beto. ¿Ya lo detuvieron? Empingao. Si hace falta hacer un careo, cuente conmigo. Yo coopero en todo lo que ustedes manden: sé que me embarqué y como soy reincidente me van a caer una pila de años, por esto y por los otros robos. Sí, entiendo que también me tocan cargos de asalto por la gente que tuve que picar, y que también me van a morder con las cosas que ha hecho el Beto por su cuenta.

Pero mire, yo lo único que le pido por su madrecita es que hable con la gente de prisiones. No hay problema con que me cuelguen el cartelito de chivato porque esté pasando por la piedra a todo el mundo: yo tranquilo. Pero en el tanque nadie puede enterarse que yo soy el comemierda que se metió a robar en casa de dos policías, y menos que la que me molió fue la mujer. Óigame, el cuero que me van a dar va a ser de pinga, y yo tengo un honor y un prestigio que mantener. TN

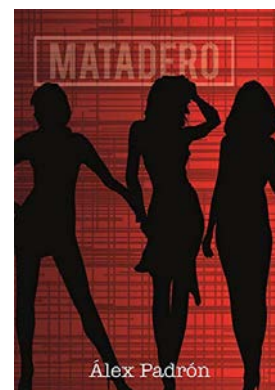
Alex Padrón

(AKA Juan Alexander Padrón García). Habana, 1973. Graduado de Licenciatura en Ciencias Farmacéuticas, Álex Padrón ha devenido poeta, narrador, promotor musical y periodista cultural. Varios de sus poemas se encuentran incluidos en la antología de poesía *Trilogía Lorquiana: El abrazo del Nogal de Daimuz* (Juglar-Ediciones, Colección 'POETAP', Tomo-III, 2019). Ha publicado los cuadernos de poesía *Los Mapas del Tiempo* (Primigenios, 2020) y *El rosario del hombre de ceniza* (Primigenios, 2020). Dentro de la novela negra policial, ha publicado *Matadero* (Atmósfera Literaria, 2018), *La herencia de los patriarcas* (Atmósfera Literaria, 2019) y *Tres Lunas* (Guantanamera, 2020).



Matadero, el debut negro de Álex Padrón

Por Eduardo Contreras Villablanca



Matadero, es la primera novela negra del escritor cubano Alex Padrón. La obra, publicada por la editorial Atmósfera Literaria, el año 2018, tiene el ritmo necesario en ese género. Desde el primer capítulo, en el que se describe en detalle el crimen central de la historia, la novela no suelta al lector.

Tuve la suerte de conocer a Alex en el Festival de novela negra «Fantoche» que se desarrolló en Santa Clara, Cuba en octubre de ese mismo año 2018, en esa ocasión el autor leyó ese primer capítulo, y por suerte luego me regaló la novela, de no haber sido así, la intriga me habría perseguido unos cuantos días, porque ese comienzo en un verdadero «gancho» para el lector.

También los personajes atrapan, desde luego Carlen, el personaje principal (Carlen es el apodo derivado de su nombre; Carlos Lenin), pero quizás tan potente como él es el personaje de Poly «Ojo de cocodrilo», una jinetera que tiene la pupila alargada de forma vertical, debido a un accidente de su niñez, y que a veces es «montada» o poseída por su guía, el Tata nganga, un congo cimarrón que le trasmite visiones del pasado y del futuro, con lo que va dando pistas que ayudan a Carlen a resolver el caso.

El libro destila cubanía, lo que podría parecer obvio, por tratarse de un autor cubano, sin embargo no todos sus compatriotas escritores trabajan tanto con el argot de la isla, ni con la profusa incorporación de elementos del sincretismo afrocubano que nos entrega Alex Padrón, quien me comentó que su idea fue escribir tal como se hablaba en Cuba en el día a día, para llegar más a la gente y de paso escribir de forma más natural. Me señaló también que en su opinión los escritores tendemos a meternos en nuestra elevada burbuja y olvidamos que no escribimos para nosotros mismos. Este estilo y lenguaje de Alex, a mi juicio funcionan, dándole vitalidad y sensorialidad a la obra.

Matadero es parte de una trilogía de la que ya están prácticamente listas las dos novelas siguientes. Puedo anticipar (he tenido la oportunidad y el privilegio de leerlas antes de que se publiquen) que serán tan entretenidas como la primera. Por ahora, recomiendo la lectura de este primer round de Carlen y Poly contra los herederos de la vieja mafia de La Habana, matones, proxenetes y toda la fauna delictual que pulula en torno al comercio sexual, en la casa de Clavel y San Martín.

TN

Es indignante cuando me preguntan a qué me dedico y, al responder que soy profesora, me miran con beatitud genuina y me sueltan un «Qué bonito». Ellos se conforman con la cáscara y con lo que quieren ver, porque nada tiene de lindo andar recolectando chauchas para terminar el mes ni fiarle al chofer del Transantiago la carga de la bip en los períodos críticos. Y para qué hablar de las clases particulares después de la jornada, las correcciones y planificaciones o del marido hambriento que es incapaz de realizar tareas domésticas, luego de sus extenuantes y frustrantes envíos de currículum.

En este gris y constante contexto; en este disfónico grito de soledad, dan deseos de tomar cianuro y ofrecérselo a Horacio o a los estúpidos que cuestionan nuestras prácticas pedagógicas y se emocionan hablando de la vocación de los profesores.

Vocación de sufrimiento diría yo, como la misma que he advertido al perdonar una y otra vez a mi pareja por su brutalidad y desfachatez tan abultadas como su abdomen. Horacio, sus deudas y sus largos períodos sin trabajo me obligan a descuerarme con jornadas eternas, para después buscar a Pablito en la casa de mi mamá y llegar ambos, muertos de hambre y cansancio, a nuestro hogar que más parece campo de batalla con camas deshechas, platos, cubiertos y vasos que Horacio ensucia con mi esfuerzo y no ha querido lavar.

En mi negro y aciago contexto de rutinas extenuantes que rumio cuando intento evadir una alta probabilidad de tormento, se viene de pronto un escalofrío junto a la pregunta que se asoma cruelmente en este mar de sinsabores. No logro recordar si traje al amigo de Pablito a mi casa. La duda consume la poca cordura que me queda. Esa incertidumbre se convierte en un reflujo que más parece infarto y comienzo a repasar y repasar en mi

mente, buscando alguna imagen de Clemente en el camino de vuelta a mi casa.

También surge el aviso tardío de que cuando algo positivo ocurre, vienen consecuencias nefastas, como la inesperada y oportuna suspensión de dos clases particulares de hermanos enfermos, lo que me permitió cambiar el rumbo de los jueves y dirigirme a la plaza con Pablito. Si mis alumnos no me concedieran una tarde libre, mi niño no se hubiera equivocado tanto; si los hermanos no estuvieran agripados, Rosa no me hubiera confiado a su hijo para que aprovechara más la plaza; no me hubiera enterado de que su hermoso retoño se negaba a acompañarla a su visita anual al ginecólogo ni que el padre del pequeño no quería cuidarlo ni darle la comida. Tampoco me acordaría de que su esposo pertenece a la especie de inútiles que solo sirve de alarma para avisar de alguna necesidad del crío o la cría. Por eso me ofrecí a llevarle a Clemente cuando fuera un buen momento para su hombre.

Mientras seco a Pablito y escucho que Horacio baja la escalera, recuerdo que me encontraba en la plaza con dos diablillos que se potenciaban, en un invernal atardecer de penumbras y paisajes confusos a causa de mi miopía. Tenía que entornar la vista para divisar a esas figuras furtivas, conscientes de mi inquietud, que corrían velozmente y yo preguntándome por qué me encontraba en la plaza a esa hora, muerta de frío, haciendo tiempo para que el marido de mi vecina acabara la cerveza o su tiempo de ocio y yo pudiera llevarle a su hijo Clemente, que debería esperar la llegada de su madre para que ella le preparara la cena.

Comenzó a emerger un olor desagradable y Pablito se acercó llorando. Estaba tan entretenido escondiéndose que, a pesar de sus cinco años y el consabido control de esfínter, pasó lo peor. Mi niño empezó a llorar y su amiguito cantaba «Pablo se cagó, Pablo se cagó y es mayor que yo».

En fracciones de segundo, como ejercicio de anticipación ya aprendido, pensé en Horacio que odia la caca y en mi pánico a su descontrol. Anticipé la ropa que tendría que desmugrar y los gemidos de Pablito llorando muerto de susto. Entonces, traté de encontrar algún consuelo con la mirada de un extraño que, al parecer, observaba esta situación, pero creo que no reparó en mi presencia.

Recuerdo que, cuando tomé el camino de vuelta, estudié la manera de evitar que Horacio se diera cuenta de ese accidente y de cómo esconder ese olor tan ácido de diarrea descompuesta. Me acuerdo que tenía apretados los dientes y que avanzábamos a la velocidad que permitía la incomodidad de Pablito.

Imagino a Horacio buscándonos en la planta baja de nuestro hogar y repaso en mi mente que entré, escuché la televisión encendida de nuestro dormitorio y que él hablaba por teléfono, con su voz rasposa, desagradable. Le dije a Pablito que esperara abajo, en el baño de la entrada y que buscaría una muda. Recuerdo que entramos al baño, le saqué la parka, el chaleco, la polera, todo lo de arriba y él comenzó a temblar de frío. Continué con los zapatos, los calcetines y los lancé lejos de la ducha. Luego seguí con el pantalón y constaté que los calzoncillos no eran impermeables. Me acuerdo de que tiré la mierda al excusado, desmugré la ropa sucia y olvidé a Pablito muerto de frío. Mi urgencia era erradicar toda prueba del delito de mi hijo (creo que quise pegarle un charchazo maldiciendo mi suerte y mi vida). Después de la ducha sentí alivio por la tarea terminada, porque pensé que solo faltaba llevar la ropa sucia a la lavadora.

Intento recordar, de volver a mis registros, porque luego de sentir esa calma discreta de misión cumplida, me acordé de Clemente. ¡Clemente! Pablito de seguro que me sacará de duda, pero no me atrevo a preguntarle y a

agregarle más inquietud que la provocada por el infame. Rebobinando, en la plaza, escuchando las burlas de un niño de cuatro años, repaso en mi mente que ya casi no quedaba nadie, al menos nadie conocido. Solo un extraño que, aparentemente, no estaba atento a las vicisitudes de los niños. Mientras intento recordar, se alumbra la pantalla de mi celular silenciado porque Rosa me llama. Lo más probable es que quiera avisar que su esposo ya llegó y que puedo dejar a Clemente. Sin embargo, mis recuerdos no encuentran a su hijo en el camino de vuelta a mi casa, quizás sí una risa cruzando la calle, pero no puedo asegurar nada. Le seco el pelo a Pablito. Intento tranquilizarme con mis recuerdos, trato de verme al abrir la puerta, pero lo único que llega a mis nociones es un olor ácido y la televisión que se escuchaba desde el segundo piso.

Visto a Pablito y comienzan los golpes a la puerta.

—¿Qué pasó? ¿Por qué no me saludaron? ¿Qué es ese olor? ¿Se cagó el cabro de mierda? ¿Por qué no me avisaron que habían llegado?

Los golpes a la puerta arrecian.

—Tiene diarrea. Pablito está enfermo de la guatita.

—¡Enfermo de maricón! Tú, con tus alumnos y tus clases particulares de pendejos vagos, olvidas que tienes un hijo y se lo entregas a tu vieja chismosa.

Yo pienso que podría trabajar menos si Horacio no se enojara tanto con sus jefes, si durara un poco más de un mes, si no explotara, si se diera cuenta de que es un pobre diablo con ínfulas de grandeza.

—No seas injusto. Hago lo posible para que estemos bien.

—¿Injusto?! ¿Injusto me dijiste? Tu hijo es un pollerudo por tu culpa, porque pasa más con tu vieja que contigo.



No sé qué hacer. No quiero seguir con este diálogo, ya conozco su clímax y desenlace. Lo peor es que Pablito, está temblando y me pide perdón despacito. Al mismo tiempo no puedo recordar si me traje a Clemente, tan chiquito de cuatro años. No recuerdo al niño.

—Vas a tener que dejar algunas horas. No sé qué haces con la plata.

—Hago lo posible para llegar a fin de mes.

—¿Me estás diciendo que soy un pajero de mierda?!

—No, nada que ver, solo que necesitamos esa plata. Te prometo que no quise faltarte el respeto.

—¡Abre y salgan ahora!

Abrazo a Pablito, abro la puerta y lo veo. Se acerca con esa mirada que conocemos bien.

—Te salvaste de que te sacara la chucha, conchetumare —susurra Horacio al oído y me señala a Clemente sentado, calladito, jugando con un auto imaginario, adiestrado, quizás, como muchos, a hacerse el invisible en sus rutinas de la tarde. **TN**

Julia Guzmán Watine

Escritora y profesora viñamarina. Estudio Letras y Pedagogía en Castellano en la Pontificia Universidad Católica de Chile. Es magíster en literatura latinoamericana y chilena de la Universidad de Santiago de Chile. Participo en diversos talleres de narrativa. *Juego de villanos* (Vicio Impune, 2018) es su primera novela.



Curso-taller breve de narrativa policial y negra

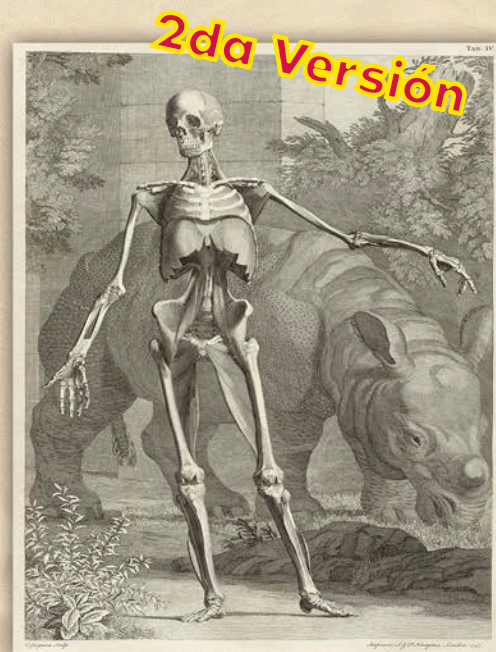
Por Bartolomé Leal

Taller *online* introductorio a la escritura de una narración policial/negra, cuyo énfasis está puesto en las decisiones que se deben tomar para iniciar la escritura de una obra de este género y las maneras en que puede desarrollarse (cuento, novela, guion audiovisual, pieza teatral).

Duración: 1 semana / Horario: Lunes a Viernes de 20:00 a 22 horas. Vía Zoom / Valor: por donación (mínimo recomendado \$ 5.000.-) / Libro electrónico de regalo para la clase / Diploma de participación.

Inscripciones: revistatrazasnegras@gmail.com

Fecha de Inicio: 15 de marzo 2021



¡Cupos Limitados!

Más información sobre el taller y donaciones en:

www.trazasnegras.cl

La pequeña entrevista policial

Por Marcos Campbell

Siempre es bueno interrogar a los escritores acerca del «gran arte» que cultivan, y al mismo tiempo, a través de sus respuestas, entregar algunas pistas que pueden seguir los lectores para encontrarse con buenos libros, buenas películas o series. Las respuestas que escritores chilenos y latinoamericanos entregaron a la Pequeña Entrevista Policial se irán entregando en los próximos números de Trazas Negras.

Preguntas breves, para respuestas breves.

Daniel Chavarría

Uruguay (1933) - Cuba (2018)

«La novela policial ofrece un excelente marco para escribir sobre personajes ricos en dramatismo y contrastes, y para adentrarse en lo esencial de un país en determinada época, mediante el abordaje de su patología social».

«De mis novelas la que más me gusta no es policial. De las policiales prefiero *El rojo en la pluma del loro*».

«Mi detective de ficción favorito es el Maigret de Simenon, pero en general no me gustan las novelas con un detective protagonista».

Bartolomé Leal

Santiago (1946)

La novela policial es un género narrativo popular cuyo tema central es un crimen o una transgresión a las normas de convivencia legales, y que se ha manifestado en varios subgéneros: detective privado, novela negra, novela criminal, thriller, espionaje, procedimientos policiales, etc».

«De mis novelas, la que más me gusta es *En el Cusco el Rey*, publicada por Editorial Nuevo Milenio, Cochabamba, 2007».

«Mi detective de ficción favorito es El Agente de la Continental, de Dashiell Hammett».

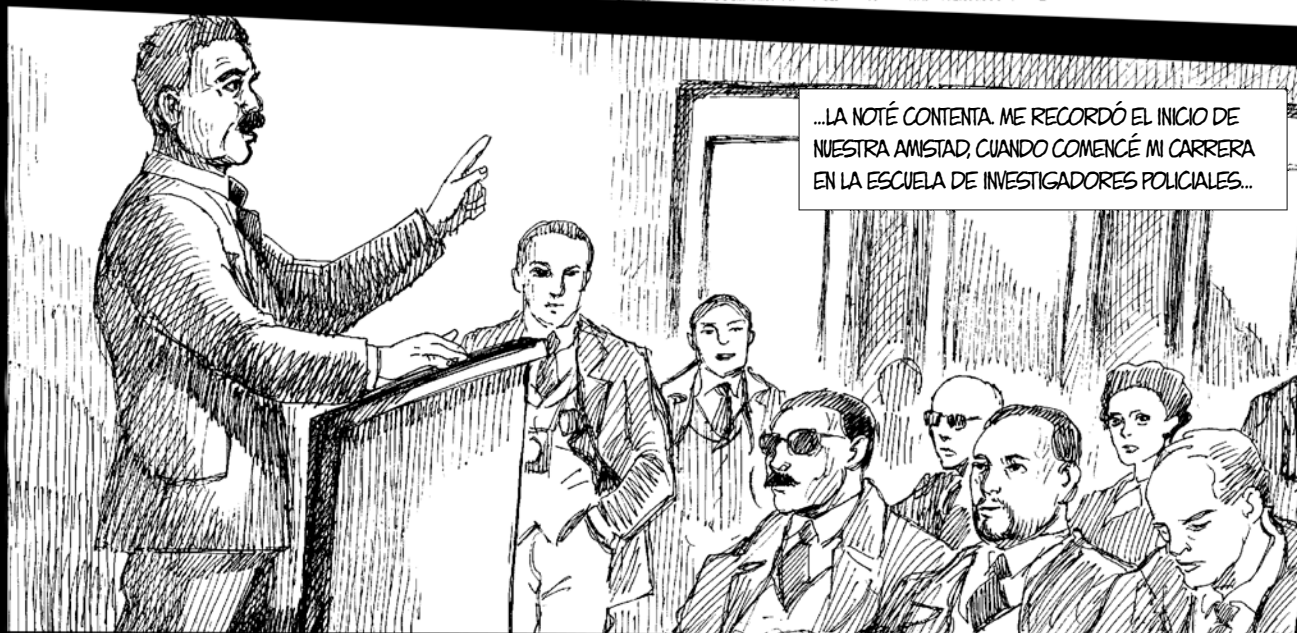
«Mis tres autores policíacos favoritos son Dashiell Hammett, Georges Simenon y Patricia Highsmith».

«Mi película policial o negra favorita es *Série Noire*, de Alain Corneau, guión de Alain Corneau y Georges Perec, sobre una novela de Jim Thompson, protagonizada por Patrick Dewaere, Francia, 1979».

MAX CANALLA



ALGO EXTRAÑO TENÍA QUE HABERLE SUCEDIDO A FANCY, ELLA JAMÁS HABRÍA DESAPARECIDO DE ESE MODO. LA ÚLTIMA VEZ ME DIJO QUE TENÍA ALGO QUE CONTARME...



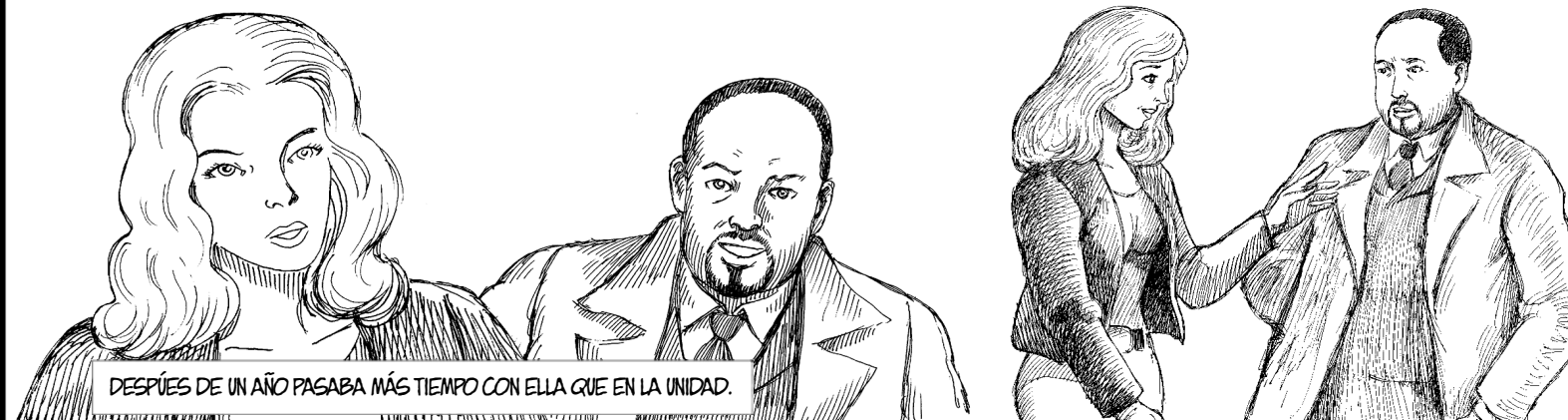
...LA NOTÉ CONTENTA. ME RECORDÓ EL INICIO DE NUESTRA AMISTAD, CUANDO COMENCÉ MI CARRERA EN LA ESCUELA DE INVESTIGADORES POLICIALES...



FUE POCAS SEMANAS DESPUÉS DE QUE EL COMISARIO ME CITARA A SU DESPACHO PARA ENCARGARME DE UN TRABAJO ESPECIAL. ALGO QUE CAMBIARÍA TODA MI VIDA...



A PARTIR DE ENTONCES SERÍA LA SOMBRA DE SU MUJER, LA CUIDARÍA EN TODO MOMENTO. OLGA HABÍA LLEGADO DE RUSIA MESES ANTES. APENAS HABLABA EL ESPAÑOL...



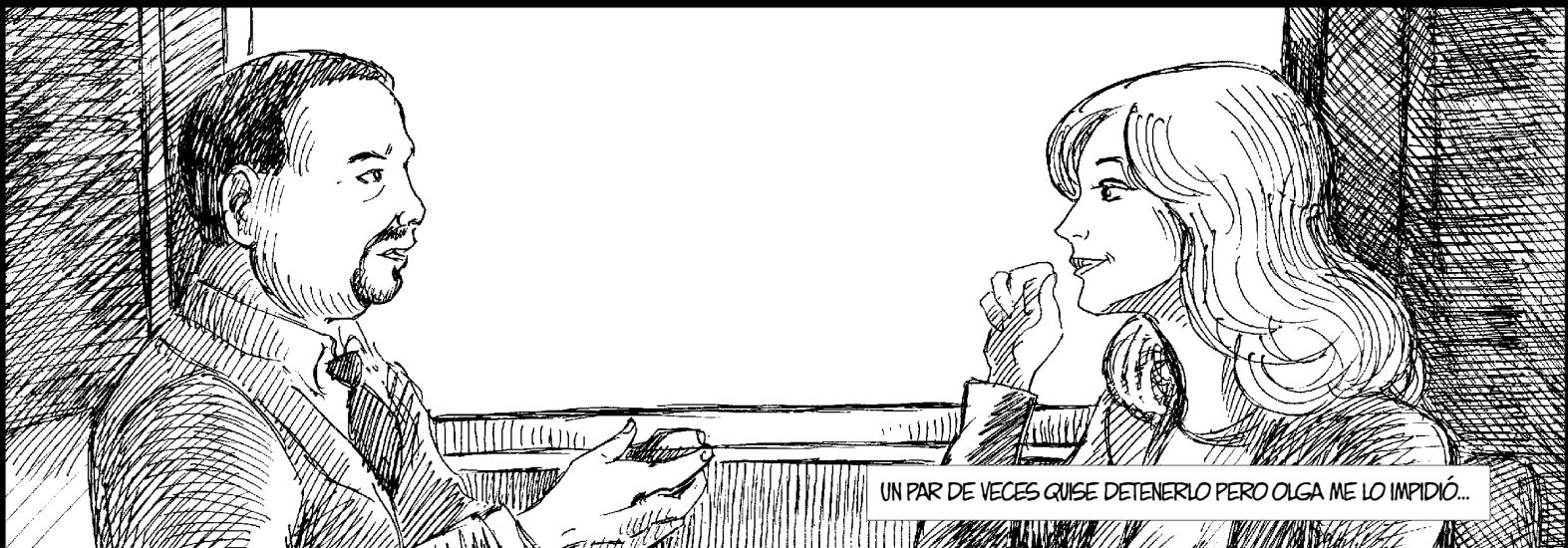
DESPUÉS DE UN AÑO PASABA MÁS TIEMPO CON ELLA QUE EN LA UNIDAD.



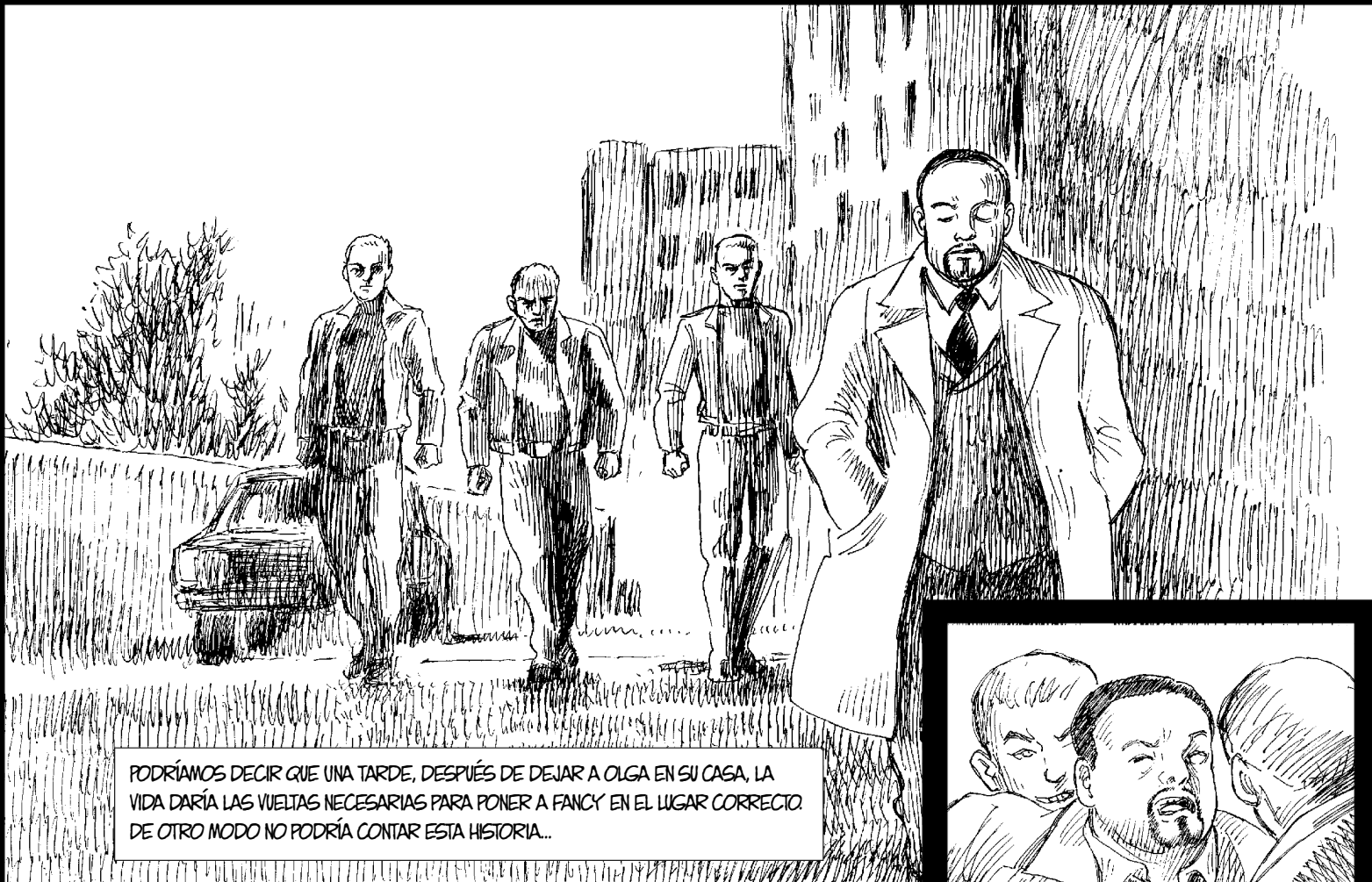
DEBÍA ACOMPAÑARLA A LAS COMPRAS O AL CINE PERO A ELLA LE GUSTABA RECORRER LAS CALLES...



EN UNA DE ESAS CALLES CONOCÍ A FANCY, UN TRAVESTI BUSCAPROBLEMAS DEL CUAL SOLÍA BURLARME...



UN PAR DE VECES QUISE DETENERLO PERO OLGA ME LO IMPIDIÓ...



PODRÍAMOS DECIR QUE UNA TARDE, DESPUÉS DE DEJAR A OLGA EN SU CASA, LA VIDA DARÍA LAS VUELTAS NECESARIAS PARA PONER A FANCY EN EL LUGAR CORRECTO. DE OTRO MODO NO PODRÍA CONTAR ESTA HISTORIA...



NO TUVE TIEMPO DE REACCIONAR. PENSÉ EN AVISARLES QUE ESTABAN ATACANDO A UN POLICÍA. PERO TEMÍ QUE ROBARAN MI ARMA.



LUEGO ENTENDÍ QUE YA LO SABÍAN. NO ERA UN SIMPLE ASALTO. ERA UNA ADVERTENCIA, PERO NO SABÍA AÚN DE QUÉ. PUDIERON MATARME...



...NO LO HICIERON. SE LLEVARON MI ARMA Y ME DEJARON TIRADO EN UN CALLEJÓN. ESPERANDO TAL VEZ QUE OTROS TERMINARAN EL TRABAJO..

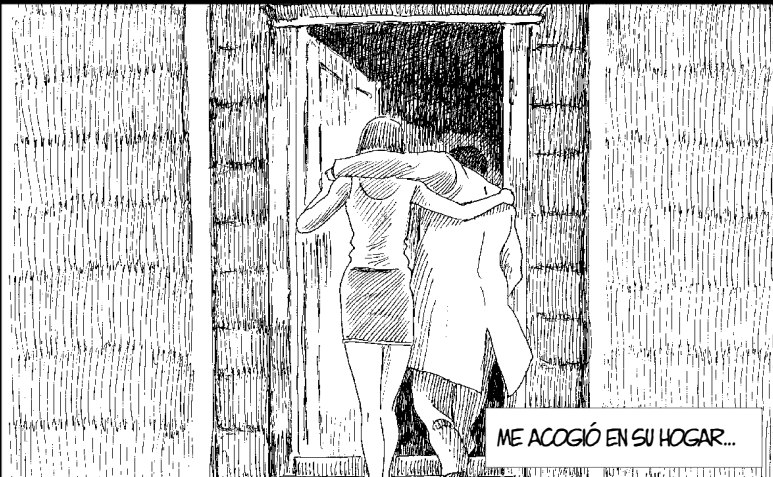
FUE ENTONCES QUE EL ÁNGEL TRAVESTIDO CAYÓ DEL CIELO,
COMO SI UNA TORMENTA LO HUBIERA ARROJADO A LA TIERRA...



ME RECOGIÓ DEL SUELO..



CURÓ MIS HERIDAS ...



ME ACOGIÓ EN SU HOGAR..



NUNCA MÁS VOLÍ A BURLARME DE ELLA..



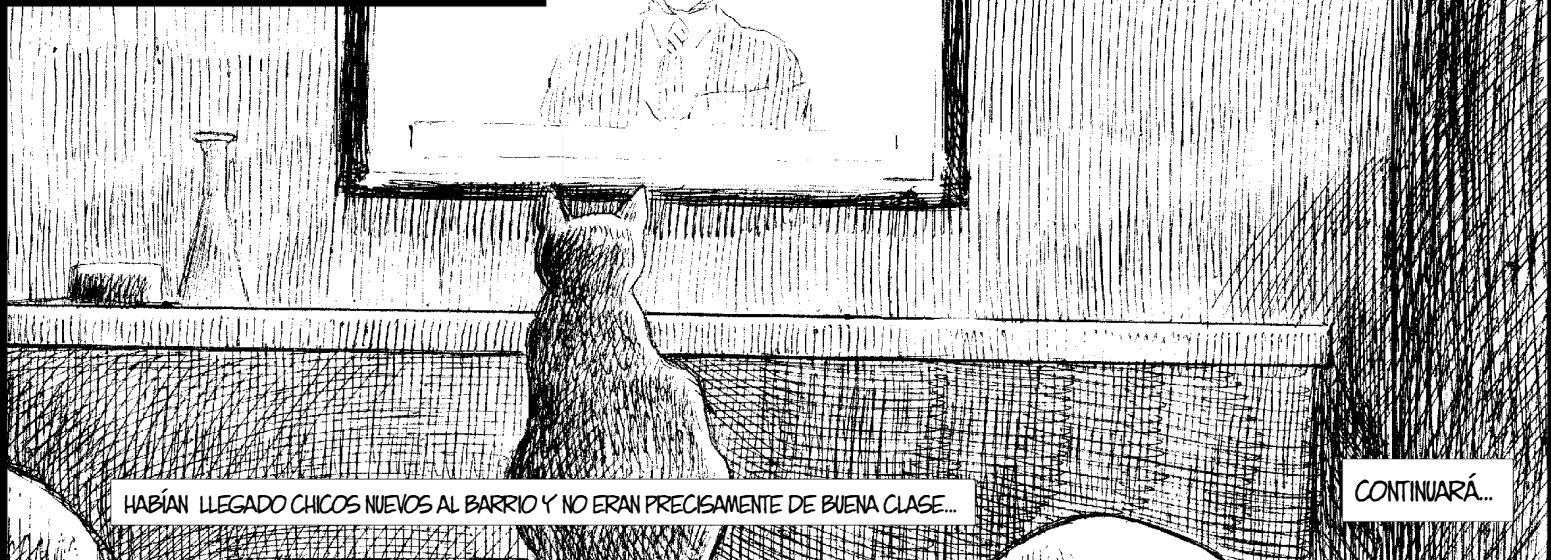
AHORA TENÍA QUE ENCONTRAR A UN GATO Y A LA MEJOR AMIGA QUE HABÍA TENIDO HASTA ENTONCES...



PENSABA EN ESO Y EN LO FAMILIAR QUE ME RESULTABA LA NUEVA CHICA DEL CAFÉ. EN ALGÚN MOMENTO VOLVERÍA A DARMÉ UNA VUELTA POR ALLÍ.



...Y PASANDO A OTRAS NOTICIAS, POR LA MAÑANA FUE ENCONTRADO EL CUERPO DE UNA NUEVA VÍCTIMA DE LO QUE YA SE PRESUME COMO UN ASESINO EN SERIE...



HABÍAN LLEGADO CHICOS NUEVOS AL BARRIO Y NO ERAN PRECISAMENTE DE BUENA CLASE...

CONTINUARÁ...

El Teatro

Por Luis Gómez Jelves



En el Cuartel Central de General Mackenna existía una dependencia que se denominaba «Teatro», puesto que contaba con un escenario en altura y tenía una especie de platea y un segundo nivel, todo con capacidad para 300 personas aproximadamente. Cuando se quería dar instrucciones a un grupo numeroso de funcionarios se hacía en el teatro. Pero esta dependencia era utilizada con una finalidad relevante, la exhibición de delincuentes. Todos los detenidos de distintas especialidades o delitos, desde lanzas, cuenteros, monreros, violadores, homicidas etc., eran exhibidos a los detectives de todas las unidades con asiento en la región metropolitana.

Con la perspectiva del tiempo y los cambios sociales, sin duda que hoy dicha práctica sería inviable, por temas de derechos humanos y dignidad de las personas. Pero en ese entonces se realizaba, servía para enseñar, para el conocimiento de los detectives y por tanto para aumentar la seguridad. Uno de los beneficios era que los detectives miraban a pocos metros y desde diferentes ángulos, a todos los delincuentes, los veían caminar y los conocían personalmente. Es así como un detective de Maipú, por ejemplo, conocía a sujetos que delinquían en Conchalí o en Ñuñoa, y al verlos en la calle o en cualquier lugar, los podían identificar. De esa manera el conocimiento del sujeto no quedaba reducido solamente al policía que lo detuvo. Pero la citada práctica además producía un efecto psicológico en los propios delincuentes, ya que una de las fortalezas de todo individuo que daña con sus acciones a la sociedad, es ojalá mantener el anonimato; bueno, hay excepciones, pero para ellos (los delincuentes), el ideal es no ser conocidos y así evitar ser descubiertos ni detenidos. Por tanto, el hecho de ser exhibidos era una derrota y los hacía más vulnerables en su futuro delictual, ya que todos los detectives de Santiago los conocían.

La Asesoría Técnica era la unidad encargada de recibir a los detenidos que hubo en Santiago el día anterior, y previo a ser puestos a disposición de los tribunales, eran

exhibidos en el teatro, leyendo sus antecedentes, tales como nombre, apodo y tipo de delitos al que se dedicaba. A Luis, con otros jóvenes detectives, le correspondió en algunas ocasiones realizar dicha tarea. Era una labor ardua, había que llegar muy temprano, sacar a todos los delincuentes de «la patilla» (calabozo), ordenarlos por especialidad, leer los delitos que cometieron, subirlos al escenario, enseñarles a ponerse de frente a la audiencia de detectives, luego de ambos perfiles y hacerlos caminar. Demás está decir que algunos delincuentes eran expertos en «pasearse» (exhibirse), y otros que no conocían el sistema, se ponían muy nerviosos; como no, si eran ladrones y tenían que mostrarse a pocos metros ante cientos de detectives. Sin duda que si sus actividades delictivas se transaran en la bolsa de valores, después de esa exhibición sus acciones caerían fuertemente.

Dos breves anécdotas que sucedieron en el teatro.

El internacional

Un lanza de poca monta, de mal aspecto físico y pésimamente vestido, apodado el «Chino Chico», el que por lo menos un par de veces al mes era detenido y tenía que «pasearse» ante los policías, durante un tiempo desapareció del teatro, por cerca de un año. Para los detectives cuando un delincuente habitual desaparecía de escena podía tener varias explicaciones, pero dos eran las habituales: o había caído a la cárcel «pesado», como se decía, o sea condenado a una pena larga; o había resultado herido grave o muerto en su ley, la del hampa.

Es el caso que el «Chino Chico» fue detenido nuevamente después de muchos meses. El detective que tenía que leer sus antecedentes y pasarlo en el teatro le preguntó el motivo de tanto tiempo sin ser detenido, respondiendo el lanza que estuvo «trabajando» algún tiempo en Argentina. Esto a él lo hacía creer que había subido de *status*, por consiguiente le pidió al oficial que no leyerá sus

antecedentes como antes diciendo que era lanza, sino que tenía que agregarle que ahora era lanza internacional.

Llegada la hora de la exhibición, luego que se leyeron los datos y delitos cometidos por otros sujetos, subió al escenario del teatro, alumbrado desde diferentes ángulos por varios focos, el «Chino Chico», que como se ha dicho era un rostro familiar para los policías y, como también se ha mencionado, no era muy agraciado en su apariencia. Se paró frente a la audiencia policial con un aire de superioridad, hasta de orgullo, y al leer el detective su nombre, luego su apodo, continuando con la especialidad, «lanza internacional», hubo un par de segundos de silencio, y luego la carcajada fue general, hubo risas que en algunos casos no se detenían.

Hay que aclarar que los lanzas que van a otros países habitualmente tienen una buena presentación personal, con buena pinta como se decía. Como éste no era el caso, y además que era conocido como ladrón de poca monta, fue un verdadero chiste. Pero eso no es todo, la reacción del Chino Chico no fue de amilanarse, al contrario, se sintió humillado ante la hilaridad de los policías; y cosa que los detenidos no hacían, a grandes voces comenzó a defender su posición y gritaba a la platea: «sí, es cierto, soy internacional», y reiteraba «si anduve robando en Argentina». Esa mañana luego de la reunión todos comentaban y se reían de tan singular lanza internacional.

El cantarito

Una mañana los detectives de la Asesoría Técnica, casi todos jóvenes, estaban preparando a una treintena de delincuentes detenidos el día



anterior para exhibirlos en el teatro. Se ordenaban primero los memorandos con diligencias, es decir autores de robos, homicidios y otros delitos, luego los lanzas. Se daba un orden y les indicaban como hacerlo: suben, se paran frente al público, se leen sus datos y lo que hicieron, luego giran a derecha e izquierda para mostrar perfiles y, antes de bajar, caminan, van y vienen en el escenario hasta descender y volver al calabozo.

En toda esa actividad estaban los detectives, mientras que un antiguo lanza, apodado «El Cantarito», estaba bastante molesto, y en gesto de desaprobación movía la

cabeza de un lado a otro. Como uno de los detenidos primerizos en el ensayo previo a que ingresara el público a la sala, no entendía la mecánica de los movimientos, y los encargados le repetían lo que tenía que hacer y en qué momento, «El Cantarito» no aguantó más, y nada de humilde ni tímido por su condición de detenido, enfrentó a los detectives en voz alta: «Oiga jefe, como va a entender este gil, si ustedes tampoco saben».

En el acto uno de los detectives muy molesto intentó acallarlo, pero éste insistió en sus críticas, y como otro policía se acercó amenazante, el mismo delincuente se adelantó y le salió al paso, lo que sorprendió al oficial, que se detuvo. Ahí el experimentado lanza, antes que reaccionaran los detectives y sabiéndose dominador de la situación por unos segundos, dijo dirigiéndose a los detectives, y ante la sorpresa de los otros detenidos: «Cuando ustedes estaban recién naciendo, yo ya andaba robando, y los ratis viejos que sí eran ratis, esos me paseaban aquí mismo y sí sabían hacerlo». El silencio fue general. Continuó, ahora con tono de profesor: «Cuando un gil cae por primera vez está nervioso, si no aprende en el grupo, súbanlo al escenario solo y explíquen una vez, si no entiende le mandan un par de charchazos y lo hacen repetir, ahí aprende al tiro y pa siempre». Dicho esto volvió a su lugar.

Todo salió bien en la presentación y luego los detectives hablaron con «El Cantarito», había dos que querían cobrar porque consideraron su actuación una falta de respeto, y que de alguna manera los desautorizó ante otros delincuentes. Pero nuevamente este viejo lanza los sorprendió enfrentándolos, y les repitió que cuando ellos (el grupo de policías) aún no nacía, él ya se paseaba en el teatro, agregando que por eso tenía una especie de obligación moral de enseñarles lo que sabía a los detectives con menos experiencia. Aquel viejo delincuente sin duda que les dejó alguna enseñanza a los inexpertos policías, al menos el respeto por los años de circo. **TN**

Nota: Este relato forma parte del libro inédito de Luis Gómez Jelves titulado *Fue nada más que ayer*, considerado en el plan de publicaciones de la colección «La Otra Oscuridad». Luis Gómez Jelves nació en Chillán y la mayor parte de su vida laboral la desempeñó como funcionario de la Policía de Investigaciones en diferentes unidades del país como Santiago, Chillán, Cauquenes, Puerto Varas, Tocopilla, Antofagasta entre otras.

Perú Noir

Por Bartolomé Leal

En el Perú no hay una gran tradición del policial, como podríamos señalar de Argentina, Chile y México, por nombrar a los hispanoamericanos más prolíficos en cantidad y sólidos en calidad. Los estudios y artículos disponibles mencionan obras de autores peruanos que se han aventurado a escribir narraciones que utilizan los códigos del género, sin que tales autores se muestren como cultores recurrentes. De dichos códigos emplean en general los más tradicionales. El ejemplo más citado es el de Vargas Llosa con su *¿Quién mató a Palomino Molero?* (1986), pero también otros menos conocidos como Goran Tocilovac (un sabio asentado en el país) y Mirko Lauer. Los más jóvenes Diego Trelles autor de *El círculo de los escritores asesinos* (2005), Santiago Rocangliolo con *Abril Rojo* (2006), e Isaac Goldberg con *Acuérdate del escorpión* (2010), han encontrado buena crítica y apoyo de los lectores en sus aproximaciones al género policial/negro.

En el caso del libro que queremos reseñar, *¡Arriba las manos! Muestra del relato policial en el Perú*, Ediciones Altazor (Lima, 2016), de partida no se puede sino destacar el esfuerzo hecho por revalorizar el género en ese país y, más aún, actualizar el trabajo literario de escritores y escritoras gracias al contenido recopilado. El prólogo, debido al seleccionador José Donayre Hoefken, narrador, académico y editor audaz, golpea desde el inicio: «La sensación de vulnerabilidad e indefensión ante el crimen organizado del ciudadano promedio palpita en cada página de esta muestra de relatos policiales en el Perú».

Algunos guarismos y detalles de *¡Arriba las manos!* El libro tiene 494 páginas y recoge los relatos de 30 autores,

de los cuales 6 son mujeres (20%). Los textos inéditos son 18 (60%). El mayor de los autores nació en 1945 y el menor en 1985, claramente dos generaciones contemporáneas de escritores y escritoras. La edición está bellamente diseñada. Conseguí mi ejemplar en la última feria del libro de Santiago, FILSA 2018, donde Perú fue el país de honor. La Cámara Peruana del Libro hizo su tarea con una exhibición bien armada en el hall de entrada al Centro Cultural Mapocho.

Plantea el prologoista: «El pesimismo grande y pesado que exuda, destila y decanta ¡Arriba las manos! se compensa con el goce de su lectura, a partir del ejercicio lúdico que implica someterse a las reglas internas que exige cada relato». Esto porque, cabe señalar, el libro nació de un taller de escritura creativa que José Donayre y Miguel Ángel Vallejos dictaron en el *Cholo Art & Fun*, un bar naturalmente, y donde el desafío era escribir un relato de género policial.

El prólogo nos ayuda bastante también, al proponer una clasificación de los relatos. Así, 21 de los 30 (70%) tienen por protagonista a un investigador, canon del género, entre los cuales hay detectives privados y oficiales, más unos pocos periodistas. De los restantes, 5 cuentos toman el punto de vista del criminal, 3 del testigo y uno solo de la víctima. Predomina el realismo y solo 5 cuentos en total se aproximan a lo fantástico.

Otra cita del prólogo: «Esta muestra, elaborada a partir del talento y colaboración de treinta autores, da como resultado cerca de quinientas páginas de ajustes de cuentas, traiciones, estafas, sospechas, cuernos, secuestros, extorsiones, disparos, navajazos, suicidios, estupros,

violaciones, feminicidios, latrocinios y hurtos agravados, perpetrados por narcotraficantes, pistoleros, bandoleros, sicarios, proxenetas, corruptos de toda ralea y personas de aparente decencia, entre otros especímenes». Y remata así: «Una radiografía muy reveladora del Perú, en la que todo lector, de un lado o de otro, se verá reflejado».

Un detalle pintoresco: el texto de contratapa, que reproduce el último párrafo citado, edulcora el tono, cambiando la palabra «reveladora» por «particular». Eso se llama relaciones públicas internacionales, ¿no? La imagen del país confiada a un adjetivo, daría para otro cuento...

Vamos a los cuentos incluidos. Me permito elegir un puñado como los mejores, haciendo uso de la arbitrariedad de lector anónimo en este mundo ancho y ajeno. Abre el libro (por orden alfabético de apellido) Fernando Ampuero, con *Taxi Driver sin Robert de Niro*. Ampuero es un escritor consagrado con incursiones en el género negro, como su novela best-seller *Caramelo verde* (1992). El cuento es sólido, sorprendente y escrito con un perfume de ironía que divierte. Una buena partida para el volumen, a pesar de ese título tan poco agraciado.

Continuando con algunos cuentos particularmente loables, menciono «El jardín sin Gracia», firmado por Micky Bolaños. Se ocupa del sector de clase alta limeña,

su lenguaje, fobias, estilo, hipocresías. Un cuento como de serie de TV gringa. Bien el manejo de los diálogos, original, los utiliza para transmitir opiniones, estados de ánimo y críticas. Sobre todo a cargo de una mujer policía que se las trae. Es de esos cuentos que gustan, una autora que uno quisiera leer más.

Juan Carlos Bondy, por su parte, contribuye con «Casa de reposo», el relato en primera persona de un joven ex policía desvinculado sin ruido por corrupto, a cambio de pago a una jefatura; o sea más corrupción. Lo cuenta todo con desparpajo casi angelical, mientras su esposa aborta en un hospital. Buena historia de desaparecimientos, tráfico de órganos, desidia moral y fechorías varias, pero que en pleno desarrollo se empieza a despelotar como narración. Los cierres no abrochan el final. Pudo ser un cuento genial.

Destaco algo más de lo que me ha parecido mejor de este libro, aunque podría decir que casi todo es interesante. El cuento de Claudia Salazar Jiménez titulado «La Pollería» aporta un grato aroma limeño y una historia de si-

¡Arriba las manos!

Un Tratado del Crimen

Por Jorge Cabrera Gómez



José Donayre Hoefken, escritor peruano de la generación de los noventa, ha incursionado en la edición, periodismo, cine, docencia, ha publicado novelas y cuentos y es conocido por la calidad de sus escritos y por sus investigaciones e interés hacia lo misterioso, lo fantástico, la ciencia ficción, la historia gótica y claro, también lo policial, con todo lo que este género implica en términos enigmáticos. Donayre nos trae ahora, en su calidad de editor, el libro ¡Arriba las Manos!, una compilación de treinta relatos policiales de igual número de autores peruanos.

Esta colección, que hará el deleite de los amantes del género, nos trae lo que yo llamo un “Tratado del Crimen”, considerando que en los cuentos escogidos se desarrollan las más increíbles, extrañas y sorprendentes historias del delito com-


carios sencilla y eficazmente narrada, buenos diálogos y sabrosas descripciones. Un punto alto del volumen.

«Mientras huya el cuerpo» de Ricardo Sumalavia, un académico universitario que ha publicado estudios sobre el género policial peruano, juega con la prensa escandalosa, una peste en el Perú, para contar una historia de cannallas sin remilgos. Magnífico uso del lenguaje y humor del mejorcito. Una fiesta leer este relato, del que se informa es parte de una novela. Patricia Colchado, en lo suyo, aporta con «La honda», un cuento de corte criollista que acusa buen manejo del habla campesina. Si lo relatado es un tanto obvio, la buena ambientación y los diálogos redondean con eficacia el producto final.

De todos modos, desde el otro lado de la vereda, hemos disfrutado en este libro de la forma de escribir y de la forma de hablar que se puede adivinar de allí, gracias al empeño de la hermandad *noir* peruana. Una riqueza de modismos y argot que hacen lo más rico de la literatura popular, como es nuestro género. Es por ello que saludamos la aparición de esta «muestra», como la llama modestamente el prologuista y seleccionador, que nos viene muy bien en estos tiempos de sofoco no solo pulmonar sino también cultural.

Transcribo los nombres de todos y todas por orden alfabético: Fernando Ampuero, Giancarlo Andaluz, Marlon Aquino, Ronald Arquiniño, Micky Bolaños, Juan Carlos Bondy, Leonardo Caparrós, Rosario Cerdeña, José Castro Urioste, Patricia Colchado, Hugo Coya, Sebastián Esponda, Yeniya Fernández, Luis Freire, Ángel Málaga, Eugenio Oliveira, Giancarlo Poma, Regina Robles, César Rosales Miranda, Teresa Ruiz Rozas, Claudia Salazar Jiménez, César Sánchez Torrealva, Ricardo Sumalavia, José Vadillo Vila, Alberto Valdivia, Guillermo Valdivia Carpio, Jorge Valenzuela, Yuri Vásquez, Selenco Vega y Carlos Yushimito.

En recuadro incluimos una apreciación del libro enviada por el escritor peruano Jorge Cabrera Gómez, autor de la novela *Tres Ingenieros* (Almandino Editores, Lima, 2021).

Es de esperar que estos 30 autores y autoras no se queden en este cuento de taller, sino que avancen con más obra, y que con ella empujen el género policial y negro en el Perú; una tarea en que desde Chile apoyaremos y así aunaremos fuerzas por impulsar el *noir* latinoamericano. Desde ya, quedan abiertas las páginas de la revista **Trazas Negras** para quienes se animen a mandarnos sus relatos y artículos. 

premiendo personajes, situaciones, escenas, motivaciones, planificaciones, *modus operandi*, instrumentos, planes de fuga y otros elementos que configuran un relato criminal. Los aficionados al género pueden encontrar homicidios, suicidios, desapariciones, locuras, secuestros, terror, violencia, crimen serial; con sus personajes clásicos: el policía, el detective, el ejecutor, los cómplices, testigos, delatores, sicarios, el periodista cómplice o que busca primeras planas; la familia y amigos del asesino, de las víctimas, de los detectives; psicólogos forenses y, el asesino que se sale con la suya.

Lo anterior sin dejar de lado las características psicológicas y sociológicas de los personajes, sus traumas, arrepentimientos, sed de venganza, trampas, recompensas. En cada cuento aparecen todas o parte de los componentes de un «Tratado del crimen», enriqueciendo el género literario con escenas inimaginables, extrañas; con estilos, expresiones y situaciones de las más variadas: conspiraciones, maquinaciones, venganzas castigos, perdón, fugas, intrigas. También encontramos una diversidad de armas o instrumentos mortales en los que se convierten, desde un cubierto de mesa hasta ventiladores, adornos de la casa, vidrios de botella o bebidas y comidas sazonadas con agradables venenos.

Vemos a un taxista que vende a sus clientes ebrios, que se duermen en el taxi y son ofrecidos a bandas de ladrones que los desvalijan y los abandonan en las bancas de los parques. Seguimos a una mujer vengadora que asesina a amantes que engañaron y violentaron a sus parejas, la que planea al detalle sus acciones y realiza sus crímenes sin dejar huella; reconocemos al policía corrupto, que es descubierto por un compañero, quien le hace seguimiento y justicia por su propia mano. Descubrimos escenas de asesinatos disfrazadas de manera magistral como suicidios; una asesina de ancianos ricos; jóvenes desaparecidos de centros de desintoxicación; comerciantes de órganos. Aparición de cadáveres en raras posiciones, carcomidos, decapitados, mutilados, con los ojos abiertos, sin ojos. Escenas en el campo, en las playas, en las minas, en barrios exclusivos y marginales, en igle-

sias y cárceles. Vemos filmaciones de cámaras escondidas, videos reveladores de romances entre policías; una traductora de narcotraficantes: personajes chinos, *nikkeis*; músicos, fotógrafos; tragos y bebidas donde predominan el ron y el pisco.

Una reflexión sobre el relato policial, que en principio se define por la existencia de dos elementos: un delito, considerado enigmático y un personaje, el detective o policía que lo resuelve gracias a su perspicacia. Creo que el género, en este marco, comprende un conjunto de elementos que conforman la naturaleza humana y el comportamiento de la especie, en la que entran la psicología, el trauma mental, la ciencia, la subsistencia, la envidia, la venganza, el enriquecimiento, lo místico, las creencias, la edad, y muchas otras variables que, combinarlas, es el desafío para un autor del género policial.

En conclusión, el lector tiene en ¡*Arriba las manos!*!, todos los elementos para seguir y conformar, en su imaginación, historias que concilian con destreza los diferentes elementos componentes de este género literario. **TN**



Jorge Cabrera Gómez

Escritor peruano nacido en Trujillo. Arquitecto urbanista de profesión. Incursionó en literatura en 1995 con *El Baobab*, novela que se desarrolla en África sahariana y el barrio de Santa Beatriz de Lima, publicada en 1996 en Honduras y en 2002 en Perú. Su segunda novela *Camp Charlie. El Desarraigo*, tiene como escenario el sismo del 2010 en Haití. Fue finalista de la Bial de Novela Premios COPE de 2015, publicada por la Editorial Espora de Santiago de Chile el 2016. Su tercera novela es *Tres Ingenieros*, que salió en 2020 con ediciones en Chile y Perú. Tiene en preparación *La Utopía - Plan de Fuga*.



Autores chilenos

Listado de libros de Narrativa Policial y Negra publicados en Chile en 2019-2020

Como una forma de informar a nuestros lectores y lectoras sobre los libros de género policial y negro publicados en los últimos dos años, y también con el deseo de apoyar a las casas editoriales que nos publican, aquí va un listado de lo que hemos podido recopilar como libros de autores nacionales que han salido en el período.

Iremos incluyendo reseñas en los números que vienen de **Trazas Negras** y animamos a todos a leerlos, para la supervivencia de la creatividad nacional.

NOVELAS

-Branny Cardoch, *El maldito caso de las joyas*, Espora Ediciones, 2019.

-Juan Ignacio Colil, *Un abismo sin música ni luz*, Lom Ediciones, 2019

-Eduardo Contreras Villablanca y Cecilia Aravena Zúñiga, *La verdad secuestrada*, Mago/Espora Ediciones, 2019

-Fernando Jerez, *Los investigadores no lloran en los cafés*, Simplemente Editores, 2019.

-Helios Murialdo, *La orquídea secreta*, Ril Editores, 2019

-Boris Quercia, *La sangre no es agua*, Penguin Random House, 2019.

-Verónica Silva Oliva, *A veces lejos del rumor del mar*, Espora Ediciones, 2019

-Eduardo Soto Díaz: *Teresa la tigresa. Caperuza de la droga*, Espora/Rhinoceros Editores, Colección "La Otra Oscuridad" N.º 1, 2020

-Bartolomé Leal: *Femicidios a la carta*, Espora/Rhinoceros Editores, Colección "La Otra Oscuridad" N.º 2, 2020

-Raúl Bustos Ruiz: *Caso Coelemu. La perseverancia en la investigación*, Espora/Rhinoceros Editores, Colección "La Otra Oscuridad" N.º 3, 2020

-Julián Avaria-Eyzaguirre: *El dedo en la llaga. El caso Shima*, Espora/Rhinoceros Editores, Colección "La Otra Oscuridad" N.º 4, 2020

-Eduardo Contreras Villablanca y Cecilia Aravena Zúñiga: *Estación Yungay*, Espora/Rhinoceros Editores, Colección "La Otra Oscuridad" N.º 6, 2020

CUENTOS

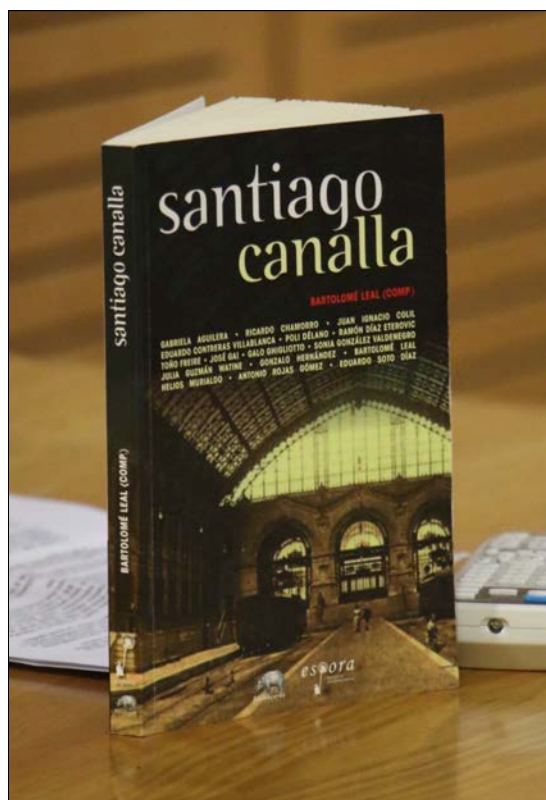
-*Santiago Canalla*, compilación de Bartolomé Leal, Espora/Rhinoceros Editores, 2019, incluye cuentos de: Gabriela Aguilera, Ricardo Chamorro, Juan Ignacio Colil, Eduardo Contreras Villablanca, Poli Délano, Ramón Díaz Eterovic, Toño Freire, José Gai, Galo Ghigliotto, Sonia González Valdenegro, Julia Guzmán Watine, Gonzalo Hernández, Bartolomé Leal, Helios Murialdo, Antonio Rojas Gómez y Eduardo Soto Díaz.

-*Colección Agatha II*, Ediciones Imposibles, 2020, incluye textos de: Gabriela Aguilera, Lorena Díaz, Claudia Farah y Francisca Rodríguez.

-José Miguel Martínez, *Tríptico de Granola*, Tres Puntos Ediciones, 2020.

-Simón Soto, *La sangre y los cuchillos*, Editorial Planeta, 2020.

-Bartolomé Leal: *La epopeya de los encapuchados y otras fábulas del estallido*, deLibros.cl, 2020 (ebook)



CRÓNICAS

-César Biernay Arriagada, *Macabros. Historias de asesinos despiadados que intentaron el crimen perfecto*, Catalonia Editorial, 2020



TRAZAS NEGRAS



Disponibles en:
www.delibros.cl